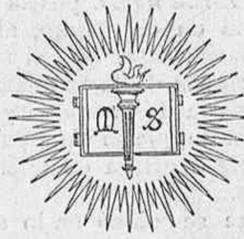


La Ilustración Artística



AÑO XXII

BARCELONA 23 DE MARZO DE 1903

NÚM. 1.108



ÉXTASIS, cuadro de Sebastián Junyent
(Salón Parés)



SUMARIO

Texto. - *La calle de la Montera*, por E. Rodríguez-Solís. - *Pensamientos*. - *Dos cariños*, por A. Sánchez Ramón. - *Gentes y cosas de Méjico*. Méjico nuevo, por Amado Nervo. - *Concurso fotográfico «Tibidabo» organizado por la Sociedad Colombófila de Cataluña*, por X. - *Matrimonio de conveniencia*, por P. Gómez Candela. - *Nuestros grabados*. - *Problema de ajedrez*. - *Pequeñas miserias*, novela ilustrada (continuación). - *Un nuevo ejercicio acrobático*, por M. - *Geófagos y tierras comestibles*, por J. - *Conservas americanas*, por B. - *Gran hotel de Palma de Mallorca*.

Grabados. - *Éxtasis*, cuadro de Sebastián Junyent. - Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo titulado *Dos cariños*. - *El beato Juan de Rivera*, estatua de Mariano Benlliure. - *Pasatiempos del rey niño*, cuadro de José Benlliure. - *Escudo de Armas de la República Mejicana*. - *Méjico. Alrededores de la capital. Castillo de Chapultepec*. - *La Esmeralda*. - *Estatua de Carlos IV*. - *Estatua de Colón*. - *Concurso fotográfico «Tibidabo» organizado por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña*. Premio de los Sres. Berrens y Soulé, lema «Magda», de D. José Matheu. - Premio del Depósito general fotográfico, lema «Por las alturas», de don Fernando de Olalde. - Premio de D. S. Andreu, lema «Reinado de Felipe II», de D. Antonio Porras. - Premio «Cosmos», lema «Volan, volan... coloms?», de D. Antonio de Bofarull. - Primer premio, medalla de oro de la Real Sociedad Colombófila, lema «Tornemhi», de D. José Puntas. - Premio de los Sres. socios de la Colombófila, lema «Ars, lux, patientia», de D. Francisco de Cepeda. - Premio de la casa Cuspiñera, lema «Con risa y llanto...», de D. Antonio Ubach. - *Desplumando ánades*, copia del celebrado cuadro de Max Liebermann. - *Los príncipes de Alemania embarcándose en Brindis en el yate «Saphir» para emprender su viaje á Oriente*. - *El yate «Saphir»*. - *Miss Belle Stone encerrada en una esfera de acero subiendo por una espiral*. - *Término de la ascensión*. - *Palma de Mallorca. Gran Hotel recientemente inaugurado*, proyectado por D. Luis Doménech y Montaner.

LA CALLE DE LA MONTERA

I

«¡Es mucha calle, señor,
la calle de Montera!»

NARCISO SERRA.

La calle de la Montera, en Madrid, por su proximidad á la Puerta del Sol, sus muchos y variados comercios, su espaciosa iglesia de San Luis, su Pasaje, que la pone en comunicación con el populoso mercado del Carmen, su encuentro con las bulliciosas calles de Jacometrezo, Fuencarral, Hortaleza y Caballero de Gracia, su constante movimiento y su alegre vecindario, es una de las más importantes de la villa y corte.

¿Pero se ha llamado siempre así? Y en caso afirmativo, ¿á qué causas debe tan extraño nombre?

Esto es lo que procuraremos averiguar y dejar consignado en el presente trabajo, con la esperanza de que los datos que hemos podido recoger no han de desagradar á nuestros ilustrados lectores.

Al decir de varios cronistas de la capital de España, la hoy calle de la Montera llamóse primeramente de la *Inclusa*.

¿Por qué?

Porque en ella se conservaba la imagen de la *Cofradía del Consuelo*, piadosa fundación dedicada á recoger y cuidar los niños expósitos, la cual estuvo instalada en sus comienzos en la que hoy es parroquia de San Luis.

En la época en que tenía este nombre, parece que habitaban en ella algunas señoras del *tusón*, como las llamó el ilustre autor de *La verdad sospechosa*, y que una de ellas, que tenía por adorador á un rico indiano, quejósele un día del mucho frío que sentía en su casa, aludiendo á lo poco espléndido que era con ella su galán. El indiano, comprendiendo, sin duda, la indirecta, ofrecióla que en muy corto tiempo haría que el frío desapareciera para siempre de la casa; y en efecto, poco después la enviaba un delicado brasero cuyas cenizas estaban representadas por monedas de plata y el fuego por escudos de oro.

Según otros autores, la actual calle de la Montera llamóse *Red de San Luis*, porque en el trozo que media entre la dicha iglesia - fundada el año 1541 como anejo de la parroquia de San Ginés y que es uno de los templos más concurridos de la capital - y el alto de la calle, en su encuentro con las de Fuencarral y Hortaleza, levantóse en el siglo XVI una especie de mercado para la venta del pan, que más tarde se extendió al despacho de carnes, verduras y aun bebidas, cuyos puestos ó tinglados tenían delante una red defensiva que la dió su nombre.

Cuéntase que en el centro de la famosa *red* un

fraile preostatense, que no debía tener nada de tonto, colocaba todas las mañanas un púlpito de madera, de los llamados portátiles, desde el cual dirigía la voz á su auditorio, que le escuchaba entusiasmado, entregándole abundantes limosnas para su convento; porque este hermano, á quien el vulgo llamaba el fraile *Rasca nubes*, poseía el raro don de elevarse y elevarse en el púlpito, alcanzando una altura extraordinaria; hasta que el párroco de San Luis, por indicaciones de la Inquisición, encerróse con él en la sacristía de la iglesia y le hizo descubrir la maquinaria de que se valía para su prodigiosa ascensión y que consistía en unos bancos hábilmente dispuestos.

En el año 1832 se colocó en lo alto de la calle una hermosa fuente - trazada y dirigida por el reputado arquitecto Sr. Mariategui, con esculturas muy notables del distinguido artista D. José Tomás, - con motivo y en honor del nacimiento de la reina doña Isabel II, fuente que últimamente ha sido trasladada al Retiro, cerca del Estanque, porque su permanencia dificultaba el tránsito de una vía cada día de mayor movimiento.

Posteriormente, y hasta mediados del siglo XIX, se mantuvieron los citados cajones, hasta que por la dicha razón se mandaron quitar, desapareciendo por completo el mercado, no así el nombre, pues hoy día son muchos los habitantes de Madrid, especialmente los de cierta edad, que siguen llamando, si no á la calle entera, por lo menos á aquel trozo, *Red de San Luis*.

II

Conozcamos ahora el porqué del nombre, que en el día ostenta, de calle de la Montera.

Sientan algunos escritores que lo adquirió por su configuración, muy parecida á un montecillo ó cerro; creen otros que lo debió á que al final de ella existía un verdadero monte; y suponen bastantes que lo obtuvo por ser el lugar de salida de los caballeros para sus *monterías* ó partidas de caza.

Recojamos y consignemos otra versión tan admitida como poética, sin asegurar que sea la más cierta, aunque bien lo parece.

Afirman diversos publicistas que en esta calle de la *Inclusa* ó de la *Red de San Luis* vino á habitar una mujer de peregrina belleza, viuda del montero mayor del rey D. Felipe III; y añaden que, bajo el negro manto de riguroso luto, vestía un lujosísimo traje de *charra* ó labradora castellana, que hacía resaltar más y más su encantadora persona.

La fama de su extraordinaria hermosura atrajo á aquel lugar á los cortesanos más calaveras, á los *lindos* más encopetados, á los capitanes más heroicos de los tercios de Italia y Flandes, á los estudiantes más pícaros, á los golillas más orgullosos, á los mercaderes más ricos, á los poetas más aplaudidos y á los valentones más diestros, empeñados todos en servirla y festejarla con serenatas, latines, versos, ramilletes y estocadas, á fin de llamar su atención y conquistar su amor.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder; que en un lugar en que tantas y tan diversas gentes se reunían, mitad calle, mitad mercado y mitad camino, impulsadas por el mismo deseo, á las miradas de odio sucedieron las provocaciones, y á las provocaciones las cuchilladas, y á las cuchilladas los heridos y los muertos.

La *lindísima* señora, ó por indiferencia ó por cálculo, de nada de lo que al pie de su casa venía ocurriendo parecía enterarse. Diariamente salía á la reja, ya para cuidar de sus pájaros, ya para regar sus flores; por la tarde tañía la vihuela y cantaba unas canciones tan sentidas y amorosas, que al escucharlas se hubiesen condenado los hombres más santos; y por la noche acudía á la cercana iglesia de San Luis á rezar sus oraciones, llevando una escolta de galanes que la servían de pajes y escuderos de su posada al templo y del templo á su posada.

¡Y aquí era Troya!

Cada desaparición de la dama producía una pendencia que terminaba en sangriento drama, pues todos eran á considerar como suyas las dulces miradas y las picarescas sonrisas que la maliciosa y coqueta montera iba repartiendo en su camino, y que los desdichados amadores de su beldad pagaban con la sangre de sus venas.

III

Semejante estado de cosas no podía durar.

En las galerías del palacio real los caballeros no hablaban de otra cosa.

En las salas de la cárcel de villa los alcaldes se ocupaban con empeño de tan grave asunto.

En muchas familias se lloraba la vida de algún pariente, ó se temía por la existencia de algún hijo.

En los mercados, en las calles y en las tabernas se promovían agrias disputas y terribles pendenencias.

¡Y todo por la hermosa montera!

No creemos nosotros, como cierto cronista, que la Inquisición, al observar que las rondas de alguaciles, á pesar de haber sido considerablemente aumentadas, no lograban mantener la paz ni evitar los desafíos, hiciera salir una noche sus temidos estandartes y sus severos familiares, y al pie de la casa habitada por la linda montera lanzase los rayos de una excomunión contra los alborotadores del sosiego público y adoradores de la *charra* más gentil que pisó jamás las calles de la coronada villa. Lo que sí creemos es que, á pesar de su elevada alcurnia, como viuda del montero mayor del rey, de la alta protección de ciertos grandes señores y de la pasión que dicen logró inspirar á uno de los alcaldes de mayor valimiento, una noche la alegre viudita, temerosa quizás de caer en las garras de los alguaciles, ó en los calabozos del Santo Oficio, ó en los brazos de algún galán celoso, desapareció de la capital retirándose á sus posesiones de Castilla.

La gente, que hasta entonces, escuchando y comentando los lances, pendenencias y muertes que á diario tenían lugar en aquella calle, solía exclamar, con cierto disgusto mezclado de espanto:

«¡Es mucha calle, señor,
la calle de la Montera!»

siguió repitiendo el estribillo; dando lugar á que las novelescas narraciones y epigramáticos cuentos cambiasen el nombre de la calle de la *Inclusa* ó de la *Red de San Luis*, por el de la *Montera* que hoy ostenta, en recuerdo de la viuda del montero mayor del rey; narraciones y cuentos que inspiraron una de las más aplaudidas comedias al malogrado poeta Narciso Serra, la que lleva por título el mismo que nuestro artículo, *La calle de la Montera*.

En su retiro de la vieja Castilla bien pudo alabarse la preciosa montera de haber dado su nombre á una de las vías principales de la villa y corte; y Madrid, libre de su presencia, de volver á gozar la tranquilidad que ella tan profundamente había llegado á perturbar con sus encantos y sus coque-terías.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

PENSAMIENTOS

Las palabras son como la moneda: por su sonido se distinguen las falsas de las verdaderas.

MAURICIO CHOPPY.

La razón es el poder más legítimo y más discutido.

Nuestra novelesca indulgencia por los crímenes pasionales proporciona á los autores de éstos tantas simpatías, que perseguir á un asesino equivale á prepararle un triunfo.

G. M. VALTOUR.

La obra maestra de un hombre hábil consiste en hacer cada cosa á su debido tiempo.

FEDERICO II.

La debilidad no constituye un derecho ni dispensa de tener razón.

EMILIO OLLIVIER.

El atractivo y los beneficios de los viajes consisten en darnos en el presente la lección del pasado.

MELCHOR DE VOGÜÉ.

Desconfiemos de la felicidad; el hombre afortunado cree que todo le es permitido.

F. COPPÉE.

Hay que desconfiar del hombre que no ha sido sectario antes de los treinta años ó que continúa siéndolo pasada esta edad.

AQUILES TOURNIER.

Toda una ciudad, toda una nación residen en unas pocas personas que piensan más vigorosa é intensamente que las demás. El resto no entra en cuenta.

ANATOLIO FRANCE.

Una nación fuerte nada tiene que temer de la antipatía de los extranjeros; una nación débil nada debe esperar de su simpatía.

MAX NORDAU.



Le alargué una cartera ensangrentada

DOS CARIÑOS

La noche era fría y lluviosa, la obscuridad completa, y entre el agudo silbido del viento que azotaba con furia á nuestros pobres soldados, envueltos en sus mantas y velando sobre el reducto, no se escuchaba más que el incesante y monótono «jalertal» del centinela ó el bronco y metálico sonido del fusil, al descansar pesadamente en el suelo.

No obstante mi deseo de llegar á Monte-Esquiza, vime obligado á permanecer aquella noche en Oteiza, al lado de una buena lumbre que secaba mis vestidos empapados durante el día por un triste accidente en las aguas del río de Larraga, y entre media docena de bravos oficiales, que ya me consideraban, aunque paisano, como uno de sus más fieles y más queridos compañeros.

Los carlistas habían intentado la noche anterior apoderarse por sorpresa del pueblecillo, y se temía que repitieran el ataque. La vigilancia era estrema; habíanse reforzado los centinelas y el oficial de cuarto visitaba á cada momento las avanzadas y los escuchas, alentando con su presencia y con sus palabras á aquellos inmóviles soldados que la consigna mantenía fijos en sus puestos, inaccesibles á la helada temperatura que los envolvía y como retando al plomo enemigo que constantemente les amenazaba en la obscuridad.

Ninguno de los que permanecíamos alrededor de la hoguera podía dedicarse al descanso; unos, porque sus deberes se lo impedían; otros, y entre éstos

fidencias, especie de *secreto á voces*, entre los seis ú ocho que contribuíamos á animar la conversación, y hasta la filosofía, la historia, la metafísica, el espiritismo, la táctica, la equitación, todas las ciencias y las artes pagaron su tributo á nuestro incesante afán de charla, aguijoneado por las libaciones que nos permitíamos, gracias á dos enormes tarros de ginebra que aquel día había yo adquirido en Tafalla.

Había entre mis compañeros de velada dos hermanos que desde el primer instante me inspiraron profunda simpatía y que llamaban poderosamente mi atención. El mayor, Rafael, era comandante, y viéndolo, no podía concebirse aspecto más marcial. Alto, robusto, tostado por el sol de los campamentos, con una descuidada barba negra que casi ocultaba su rostro, dándole un tinte de fiera imposible de describir, era, no obstante, alegre y comunicativo como el que más, hablaba por los codos, bebía como una esponja y nos hacía morir de risa con los picanter chascarrillos y las discretas burlas que incesantemente se le ocurrían.

Su hermano se llamaba Antonio y tenía el grado de teniente. Era un tipo enteramente opuesto al de Rafael, así en su parte física, como en la moral. Rubio, sonrosado como una niña, tenía esparcida por su semblante una sombra de sufrimiento y de tristeza, que en vano quería borrar en ocasiones con ficticios arranques de atolondramiento y de alegría, que á ninguno nos engañaban. Apenas si aproximó á sus labios la ginebra; no intervino tampoco en la conversación, á no ser con monosílabos; antes bien,

estaba yo, porque la inquietud, el desasosiego, la seguridad de un próximo combate, nos tenía sobresaltados y nos desvelaba.

Hablóse, pues, de diferentes asuntos para entretener el tiempo; salieron á relucir anécdotas y aventuras amorosas de cada uno de nosotros; hiciéronse con-

apartándose disimuladamente á un lado de la barraca, extraía de su cartera algunos papeles, leyéndolos con tal atención, que no notaba el cariñoso espionaje de que por mi parte era objeto.

En tanto que se entregaba á su lectura, llegué á sorprender varias veces suspendidas de sus párpados algunas temblorosas lágrimas.

— ¿Qué tiene Antonio?, pregunté al comandante.

— Está *amelonado*, me contestó éste lanzando una carcajada.

Antonio se puso encendido hasta el blanco de los ojos.

— Ahora, añadió el comandante, estará repasando por centésima vez la carta de la novia.

— No; es la de mamá, dijo su hermano.

Una nube pasó por la frente de Rafael. Repentinamente adquirieron sus pronunciadas facciones una seriedad, mejor dicho, una tristeza que antes no tenían, y conmovido exclamó por lo bajo, aunque no tan bajo que no le oyésemos los demás:

— ¡Pobre madre!.. ¡Dios sabe si mañana á estas horas tendrás hijos!

Un profundo silencio siguió á estas palabras, y la imaginación, con esa inconcebible rapidez que le es propia, reprodujo un momento ante nosotros todas nuestras delicias pasadas, toda nuestra existencia de niños y de adolescentes; las dulzuras del hogar doméstico; los besos, los arrullos y los cuidados de nuestras madres; el alegre cielo que cubrió nuestra infancia; los amigos que nos querían; las diversiones con que gozábamos; la primera mirada que hizo latir nuestro tímido corazón, aún no avezado á las lides amorosas; el primer rubor que coloreó nuestra mejilla y el primer secreto impulso que nos hizo temblar ante una mujer que pasaba por nuestro lado; las tranquilas veladas del invierno, en que recogida la familia en torno del hogar donde el pesado tronco ardía con alegre llama, oíamos la voz querida de nuestro padre ó de nuestro abuelito, al mismo tiempo que recostábamos la cabeza cargada de sueño en el regazo de nuestra madre; el gemido del viento en la chimenea, que tanto nos asustaba; los desconchados de la pared, caprichosas figuras á que atribuíamos, con infantil alborozo, la representación, ya del terrible dómine que en la escuela nos

CARLOS VAZQUEZ

castigaba, ya la de aquellos individuos que nos eran antipáticos en la vecindad...

Esas mil pequeñeces, esas nimiedades, esos recuerdos de nuestra vida de niños, que á muchos hombres parecerán ridículos, pero que, en cambio, veneran otros y los guardan como un depósito sagrado en el fondo de su corazón.

Todo esto se reprodujo en nuestra mente para formar, sin duda, caprichoso contraste con nuestras miserias del momento, con las incomodidades, con la inseguridad, con los peligros que nos rodeaban, con aquella desmantelada choza de tablas mal unidas en que nos cobijábamos expuestos á la incesante lluvia y al terrible frío del exterior.

Y como si este frío y esta agua y esta espantosa oscuridad, guarida de enemigos en que se perdía el horizonte, no fuesen bastante para hacernos ver y sentir el horrible presente en contraposición al risueño pasado de nuestra vida, el continuo «¡alerta!» del centinela, ya próximo, ya lejano, venía á advertirnos á cada instante que velásemos, prontos á matar y dispuestos á morir, prontos á embriagarnos en sangre y en sollozos y en imprecaciones y en gemidos, no en dulces arrullos, ni en tiernas caricias, ni en tumultuosos juegos como en nuestra niñez.

* *

La batalla era ruda. Apenas hubo desembarcado nuestra vanguardia, con su sección de tiradores, por el desfiladero de Cogullo, viéronse, al otro extremo del llano, las faldas de Montejurra hormigueando de enemigos. Apoyándose en Burbarni y en la ermita de Arroniz, los carlistas dominaban todas aquellas alturas, incluso las de Lubín y Urbiola.

La línea de batalla medía cuatro kilómetros, y en toda ella el fuego era incesante y mortífero, habiendo un momento en que todas las armas tomaron parte en la contienda.

Desalojado el enemigo de algunas de sus posiciones, no por esto había quedado expedito el camino de Estella. En Dicastillo, Avellano, Villamayor, Azqueta, Luquin, Igúzquiza y Ayegui, fuertes núcleos carlistas se hallaban dispuestos á impedir el paso con la bravura de que tantos y tan asombrosos testimonios habían dado durante el día. Todos los montes que rodean á Estella, los de Villatuerta, Monte-Muro, Montejurra y Monjardín, estaban coronados por los partidarios del pretendiente.

Con una habilidad que constituye uno de los más brillantes timbres de su historia militar, Moriones ordenó y dirigió la retirada.

Nuestras tropas comenzaron á replegarse hacia el reducto de Cáceres, en el flanco Sur de Monte-Esquinza, sosteniendo un tiroteo escalonado con el enemigo, que aunque débilmente, hostilizaba la retaguardia.

Las pérdidas habían sido enormes y dolorosísimas. Confundidos con la impedimenta iban los carros de heridos, pero otros muchos desgraciados quedaban todavía en aquellos pueblos, ya por falta de espacio donde colocarlos, ya porque su traslado equivalía á una sentencia de muerte.

* *

Antonio, el pobre Antonio, el teniente añorado y melancólico que tanto interés me inspirara en la velada de Oteiza, estaba allí, delante de mis ojos arrasados en lágrimas, tendido en aquel camastro de aquella miserable casucha de Arroniz, pálido como la muerte, con la vista empañada, difícil y fatigosa la respiración... La vida se escapaba por instantes de aquel pecho agujereado por las balas.

Su mano trémula se agitó en el aire... Parecióme que me llamaba. Me incliné hacia él hasta rozar mi oído con su boca.

— ¡Mi madre!.. ¡María!.., murmuró.
— Habla. ¿Qué quieres para ellas?, le pregunté.
— En Madrid... visítalas...; háblalas... Diles que me muero... pensando en ellas...



EL BEATO JUAN DE RIVERA, estatua de Mariano Benlliure

Quiso hablar más y no pudo. Hizo un leve movimiento... se agitó dos ó tres veces y quedó rígido. Su rostro marmóreo adquirió una indecible expresión de dulzura. Parecía dormido y que, dormido, soñaba.

* *

Con el corazón terriblemente oprimido, ahogado por la angustia, con un diluvio de lágrimas pugnando por escaparse de mis ojos, subí la escalera de aquella casa:

Cuando me encontré en presencia de aquella señora venerable, de aquella madre desdichadísima, cuyos blancos cabellos contrastaban con las negras

La pobre madre alzó instantáneamente la cabeza; fijó en mí aquellos ojos encendidos por las lágrimas y en los que brillaba un extraño fulgor, y con acento breve y duro murmuró, al mismo tiempo que me oprimía febrilmente la mano:

— ¡María?... En París con su esposo... Está haciendo su viaje de boda.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

GENTES Y COSAS DE MÉJICO

MÉJICO NUEVO

Es ya proverbial cómo en los Estados Unidos surgen, de la noche á la mañana, esas formidables agrupaciones humanas que levantan con rapidez nunca vista, ahí donde días antes en manadas agresivas pacían los búfalos y el desierto desarrollaba sus monótonas llanadas, ciudades-colmenas en las que nada falta; ni la escuela de agradable aspecto, pintada de blanco con ventanas verdes, á las cuales llega sonriendo y cantando la turba matinal de párvulos (ellas con sombreros de paja de anchas alas, ellos con cachucha gris y tirantes rayados sobre la camisola de vivos colores), ni la casa de correos, ni la oficina telegráfica, donde no cesa el atareado tic-tac, ni el periódico de ocho páginas profusamente ilustrado. Pero en Méjico tales improvisaciones eran raras. Nuestras ciudades se transformaban con una lentitud de galápago; el viajero que á ellas tornaba después de cuatro ó cinco años de ausencia, solía encontrarse con que D. Pepe, el acaudalado comerciante, había pintado su casa, y D. Paco, el rico hacendado, había añadido un piso á la suya; con que la huerta de D. Pantaleón tenía verja de hierro colado, y el pavimento de la plaza de armas recientes remiendos. Eso era todo. Ahora, un año de ausencia de la capital, pongo por caso, basta para transformaciones inusitadas. Ahí donde la hierba inculta campaba por sus respetos ha surgido todo un barrio, con sus palacetes de caprichosas arquitecturas, sus minúsculos jardines ingleses, su pavimento de asfalto, su alumbrado eléctrico y hasta su tranvía de trolley, que con el perenne tintinear de sus timbres despierta los ecos adormecidos de la colonia silenciosa.

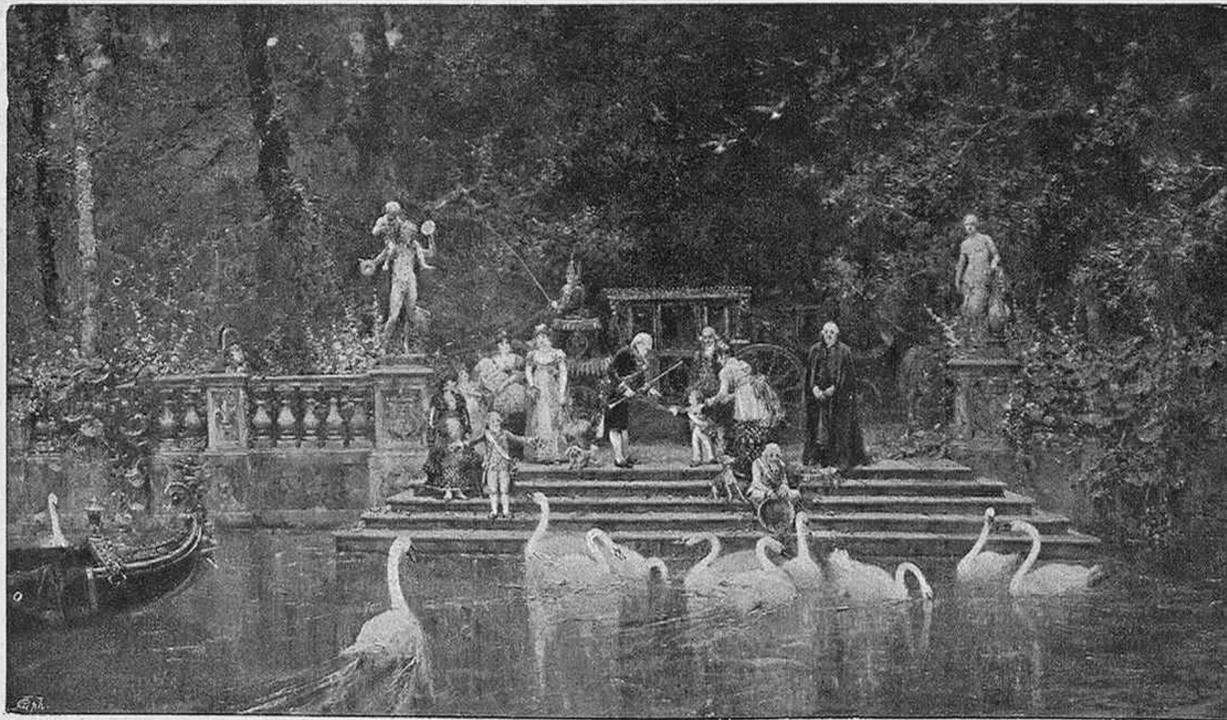
La Municipalidad se ve en graves apuros para adoptar á aquella nueva criatura que se acoge á su amparo, y que apenas nacida quiere agua, gendarmes, banquetas, parques y hasta una música militar que divierta sus ocios dominicales, á cambio de contribuciones un si es no es exigüas.

Y así va creciendo la capital, que, según la prisa con que lo hace, diríase que va á invadiren unsantiamén toda la parte occidental del inmenso valle de Méjico.

El año de 1900 salí yo para Europa; torné á Méjico en 1902, y en tan breve período toda una ciudad, una vasta y aristocrática barriada, se levantaba en el margen Sur del hermoso paseo de la Reforma, y se proyectaba ya, no lejos, la fundación de otra colonia inmensa, la «colonia de la Condesa», que muy pronto poblará una de las más sonrientes llanadas del Valle.

Parecería á cualquier que con esta fiebre de construcción las casas en Méjico estarían

al alcance de todas las fortunas en asunto de alquileres. No por cierto. La clase baja de la ciudad se agrupa, se apiña, se sofoca en los barrios del Oriente y del Norte de la misma, en tugurios nauseabundos donde el tifus diezma sin piedad á las familias; y la clase media, la fecunda é inteligente clase media, el factor más poderoso de progreso y de vida, se resigna á la vivienda incómoda y malsana, que no por ser malsana é incómoda es menos cara.



PASATIEMPOS DEL REY NIÑO, cuadro de José Benlliure

tocas que la cubrían, mi aturdimiento fué tal, que no acerté á pronunciar palabra.

Le alargué una cartera ensangrentada. La pobre madre la tomó sollozando, y al tomarla se apoderó de mi mano, sin que yo pudiera impedirlo, y la besó con frenesí... Luego se apoyó en mi hombro y lloró, lloró largo rato con terrible desconsuelo.

Por fin, dominando mi emoción, balbuceé:

— ¿Y María?..



Escudo de Armas de la República Mexicana

ocho centavos, no protestará ni contra el alquiler alto ni contra ningún otro exceso pecuniario. Pagará sin murmurar todo lo que se le cobre; mejorará la tarifa de sueldos de criados; se dejará esquilmar en el mercado. ¡Qué importa! Su dólar se triplica casi en Méjico, y cara y todo, esta vida le resulta baratísima.

Sea como fuere, la vieja ciudad colonial, la perla de la corona española en América, la secular metrópoli azteca, llamada por Humboldt en un momento de buen humor *ciudad de los palacios*, aspira ya á merecer este nombre. La imperial avenida abierta por Maximiliano y bautizada después con el nombre de Paseo de la Reforma, en unos cuantos años se ha transformado en un bu-

¿Cómo se explica este contraste? ¿Cómo puede ser que á mayor abundamiento de casas no corresponda una disminución sensible de alquileres? Pues se explica, entre otras cosas, por la carestía de los materiales de construcción y por el tipo é índole de las construcciones mismas. Por cada casa de *vecindad* que se edifica, se construyen veinte *villas*, veinte palacetes, veinte moradas señoriales. La clase media y la clase baja nada ganan con esto. La ciudad empero se embellece. El capital ocioso, tímido, rutinario, construye porque este es un viejo negocio seguro; fija tipos de alquileres excesivos y aguarda pacientemente los réditos de su dinero, que no necesita. El extranjero rico que llega, el americano sobre todo, que gana sus salarios en oro y paga por nuestros pesos treinta y

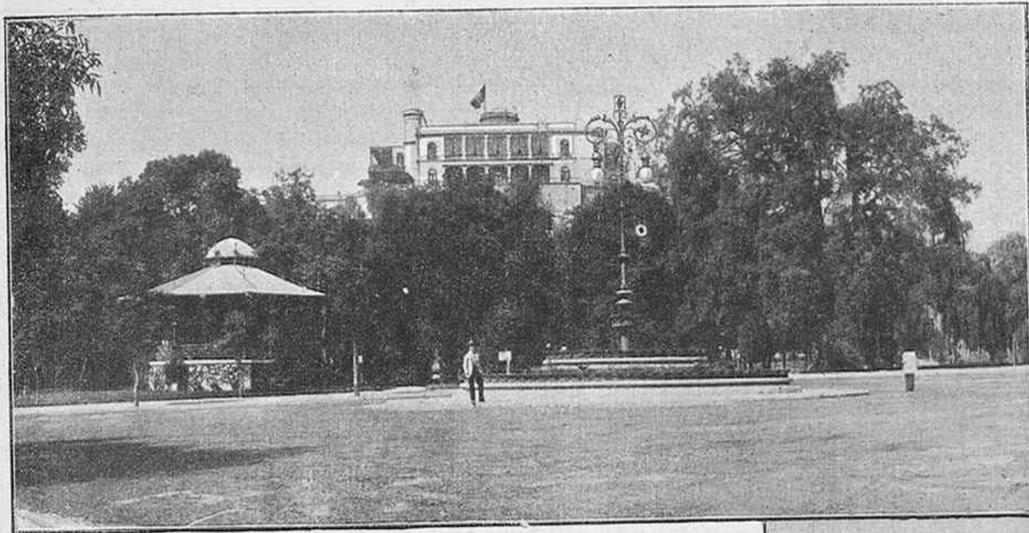
quedan las melancólicas moradas señoriales de principios y mediados del siglo XIX, con sus almenas mohosas, sus amplios patios, sus muros de *tezontle* enrojecido, sus hornacinas de azulejos en que vetustas imágenes de piedra aguardan en vano las antiguas flores y la lamparilla palpitante que á sus plantas consumía su aceite; allá quedan las iglesias churriguerescas, con sus torres poliédricas *recortando pesadas y angulosas el transparente azul de las alturas...*, como dicen los versos de Urbina; allá quedan los vestigios de los sombríos conventos donde la barreta abre todos los días heridas incurables; allá queda la ciudad madre, y como si la diestra del viejo rey de bronce indicase el porvenir desde los lomos de su colosal y majestuoso caballo, todo se transforma, todo se ilumina, todo se espacia bajo la gloria del sol. Los palacios apuntan al cielo con sus afiladas torrecillas, las *mansardas* azulean en la transparencia del aire; las calles,



MÉJICO. - LA ESMERALDA (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

limpias, encauzadas por construcciones alegres y amplias, tienen sus armónicas redes á uno y otro lado de la Reforma, y el automóvil, hermano del viento, pasa como un monstruo industrial, fantástico y vertiginoso, dejando estelas de polvo, dorado por el sol...

En la ciudad vieja la transformación es menos rápida; mas no tanto que no sorprenda. Todos los días desaparecen esos caserones con alma de ciudadela con que nuestros padres guarecían su vida patriarcal, y ahí donde las poderosas ventanas cubiertas de hierro como la visera de un morrión bostezaban mostrando hondas zonas de sombrío, radian hoy como ascuas de oro los aparadores donde las joyas, los muebles y los trajes de París tientan el



MÉJICO. - ALREDEDORES DE LA CAPITAL. CASTILLO DE CHAPULTEPEC (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

levar lujosísimo, limitado por palacios en que se codean en heteróclita fraternidad todas las arquitecturas; frecuentado por un enjambre de elegantes trenes, salpicado de monumentos ostentosos, llevando su anchuroso cauce hasta ese imponderable parque de Chapultepec dominado por un castillo bellissimo y donde el ministro de Hacienda Sr. Limantour, á fuerza de buen gusto, de perseverancia y de dinero, ha creado bellezas sin cuento.

Ahí en ese bosque donde los emperadores aztecas hallaron sus delicias, donde los virreyes y después los presidentes de Méjico han encantado sus ocios, donde Maximiliano, el rubio iluso de Miramar, soñó que era rey, donde los sabinos milenarios de corteza musculada, encanecidos de leyendas, parecen soñar en las plácidas y austeras tardes otoñales; ahí se da hoy cita cada



MÉJICO. - ESTATUA DE CARLOS IV (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

día todo lo que Méjico tiene de granado y opulento, toda esa porción social enriquecida en las grandes especulaciones y toda esa turba casi cosmopolita á quien la dulzura del clima, la facilidad de la vida y la prodigalidad de empresas felices han hecho moradora y dueña de nuestras tierras.

Una vez que se ha dejado atrás la monumental estatua ecuestre de Carlos IV, maravilla de arte fundida en el siglo XVIII por el arquitecto y escultor español Tolsa, que marca la entrada al Paseo de la Reforma, todas las visiones de la vieja ciudad se desvanecen; allá

anhelo virgen de la obrerita que pasa y la ambición enfermiza de la mundana que pasea.

El nuevo Casino Español, construcción soberbia que está por concluirse; La Esmeralda, palacio de mármol lleno de encajes; el monumental edificio de Correos, en construcción; el Teatro Nacional de la Opera, cuya situación será admirable; la prolongación de la espaciosa Avenida del 5 de mayo; el almacén de la casa alemana de Boker, todos estos recién venidos van modificando radicalmente el aspecto de Méjico, vanlo *europizando* asaz, y muy pronto apenas si en las amarillentas litografías de los viejos libros, quienes sienten intensamente la poesía del pasado, irán á desentrañar recuerdos, á evocar paisajes y á revivir las pintorescas y sencillas costumbres de antaño.

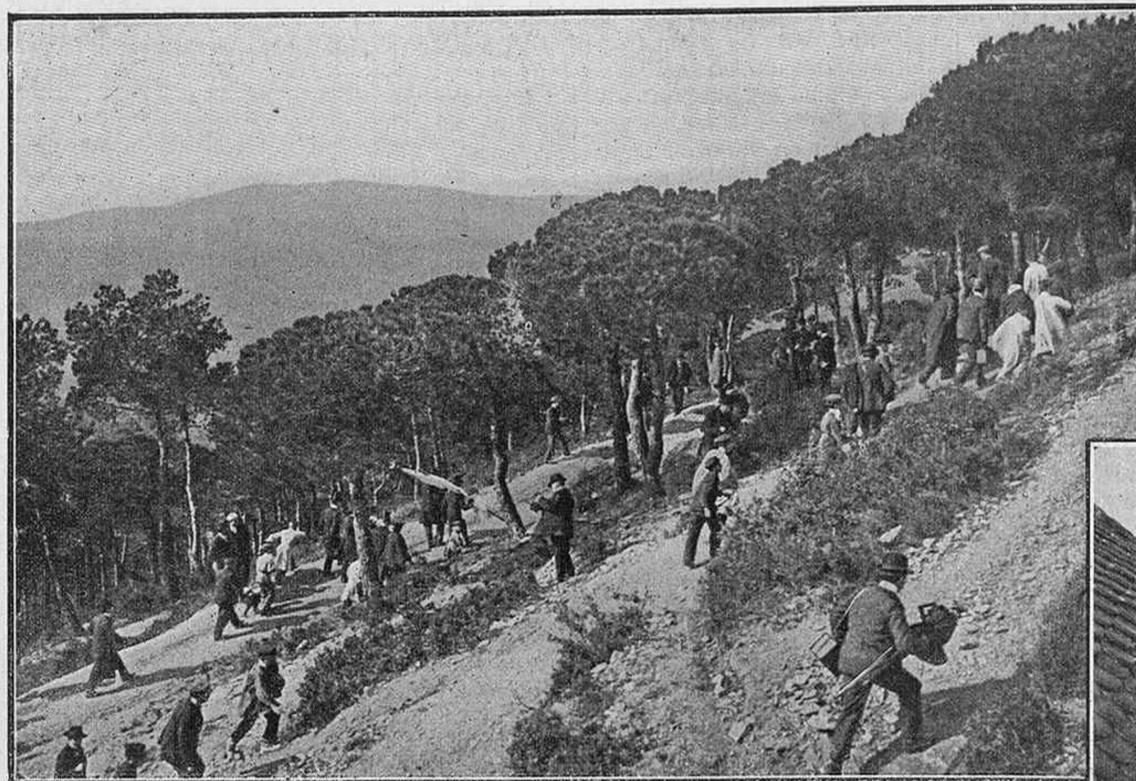
Empero no todo es miel sobre hojuelas en esto de modernismos arquitectónicos. Se construye, se edifica mucho, es cierto; pero frecuentemente con un gusto deplorable.

El ricachón que se da el lujo de construirse una casa, empieza por pedir planos y proyectos á un arquitecto y acaba por echarlos á perder, combina estilos *incombinables*, agrega, quita, fantasea y hace un absurdo, un abigarramiento, una olla podrida, de lo que pudo ser un conjunto armónico y lleno de nobleza.

Los americanos del Norte, que nunca han sido ni serán probablemente en algún tiempo gentes de buen gusto, imponen su absurdo estilo en Méjico. Churriguera, que no ha muerto aún, por más que lo parezca, se alía con ellos, y lo más lamentable del caso es que si la arquitectura es deplorable, la solidez



MÉJICO. - ESTATUA DE COLÓN (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)



CONCURSO FOTOGRAFICO «TIBIDABO,» organizado por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña Premio de los Sres. Berrens y Soulé, lema «Magda,» de D. José Matheu

de los edificios está á prueba de terremotos, y nuestros nietos (á quienes supongo más refinados y artistas que sus abuelos) buen trabajo tendrán para purgar de adesios á esta flamante capital de la República Mejicana.

Algunos de los que levantan palacios en los barrios nuevos de la metrópoli han viajado por Europa, y en cuanto vuelven hacen todo lo contrario de lo que vieron y aun admiraron.

Afortunadamente la inmigración europea irá resolviendo este problema, como empieza á resolverlo en Buenos Aires; la paz prolongada y opulenta en dones nos dará esa exquisita floración del arte; nuestros arquitectos pensionados en Europa irán imponiendo á los más refractarios bellezas y euritmias que ahora no entienden, y la vieja galantería del barón de Humboldt, trocando su interpretación amable por una profética, añadirá al secular nombre de esta Méjico, esposa de la leyenda, el mote, ya justo, de *Ciudad de los Palacios*.

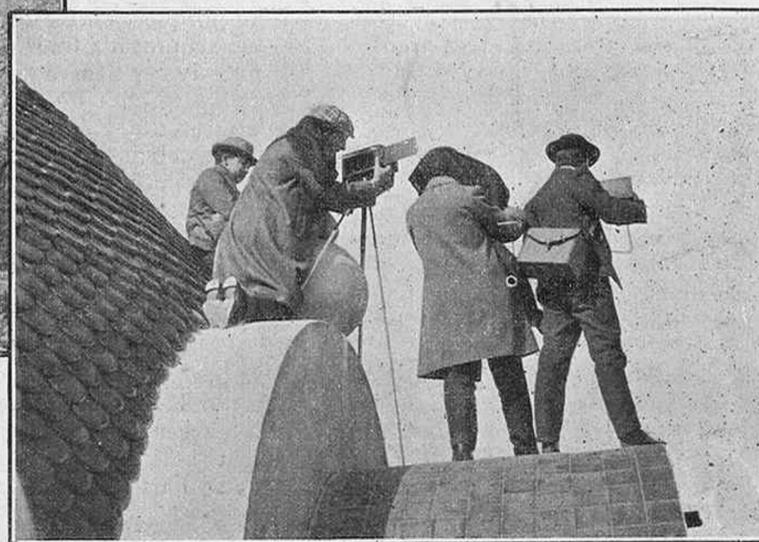
AMADO NERVO.

cruzan en la elevada meseta, llenando la terraza del restaurant y las torres de los edificios vecinos pocos momentos antes de comenzar la Misa, durante la cual fué bendecida por un Padre Salesiano la bandera de la Sociedad Colombófila de Cataluña, que sostenía el presidente de la misma don Diego de la Llave. Terminado el santo sacrificio, la comitiva se dirigió al nuevo palomar, tomando posesión del mismo, y poco después el Jurado ordenó que comenzara la suelta de palomas.

El espectáculo que ofrecía en aquel momento la explanada frontera al hotel era por demás extraño: más de mil quinientos aficionados fotógrafos, unos con instantáneas de mano, otros con máquinas de pie, sentados en el suelo los primeros y apostados los últimos detrás de sus respectivos aparatos, estaban distribuidos en doble hilera en el espacio destinado previamente á ellos. A la señal del Jurado, soltáronse, á las doce y diez minutos, las palomas de la Delegación de Reus; ocho minutos después las de la Sociedad Colombófila y de la Mensajera de

do la dirección de sus respectivos palomares. El concurso había terminado.

A los acordes de la banda de los Salesianos, que contribuyó á amenizar la fiesta, y mientras ondeaba al viento la bandera de la Colombófila, de seda blanca con leyenda y ramaje bordados en oro y verde respectivamente y coronados por una paloma mensajera de colores naturales, desfiló la numerosa concurrencia, que descendía por los tortuosos senderos de las ocultas y deliciosas fuentes que dan rumores á aquellos sitios, ó desaparecía tras del artístico cancel del elegante Hotel del Tibidabo, en una de cuyas salas se reunían poco después en fraternal banquete los organizadores y cooperadores de la fiesta, á la que enviaron adhesiones entusiastas la Federación Colombófila Española y las de Madrid, Valencia y otras.



Premio del Depósito general fotográfico, lema «Por las alturas,» de D. Fernando de Olalde

Calurosos brindis de congratulación por el éxito del concurso, en los que se recordó que un periodista, D. Nilo Fabra, fué en 1872 el introductor de las palomas mensajeras de Barcelona, fueron digno remate de aquella agradable fiesta, encaminada á mantener la afición á ese modernísimo medio de transmisión rápida de noticias, que, según la poética frase de D. Santiago Rusiñol, era de desear que, en lugar de servir de auxiliar de la guerra, fuese instrumento de paz, transmisor de nuestro amoroso lenguaje á las provincias hermanas. Interpretando tan cordiales sentimientos, remitiéronse varios telegramas, entre otros uno á la señora Marquesa de Monistrol, cuyo esposo había sido entusiasta é incansable compañero de todos los colombófilos.

Era poco más de media tarde cuando, en medio de la mayor animación, se daba por terminada la fiesta, la primera de una serie que se propone dar en aquellas alturas la Sociedad del Funicular del Tibidabo.



Premio de D. S. Andreu, lema «Reinado de Felipe II,» de D. Antonio Porras

CONCURSO FOTOGRAFICO «TIBIDABO» ORGANIZADO POR LA REAL SOCIEDAD COLOMBÓFILA DE CATALUÑA

La fiesta celebrada en la cumbre del Tibidabo el primer domingo del presente marzo resultó, como todas cuantas tienen lugar en la pintoresca montaña á que ha llevado la animación y la vida la Sociedad del Ferrocarril funicular, sumamente agradable y provechosa. La inauguración de la estación de palomas mensajeras y el concurso de aficionados á la fotografía congregaron en aquel sitio á multitud verdaderamente extraordinaria que hormigueaba por los caminos y por las carreteras que se entre-

Iluro, de Mataró, que llenaban ocho cestas; á continuación las de la Colombófila de Sabadell, y por fin, á un disparo de un cañón granífugo, las de la Colombófila de Barcelona, que llenaban unas cincuenta cestas y que se remontaron en arremolinado y ruidoso vuelo, toman-



Premio «Cosmos,» lema *Volan, volan... coloms?*, de D. Antonio de Bofarull

El Jurado, al otorgar los premios á las fotografías presentadas al concurso «Tibidabo,» ha tenido en cuenta, como podrán ver nuestros lectores por los grabados que reproducimos en esta y en las siguientes páginas, el mérito artístico, la técnica fotográfica y la elección del asunto, premiando con preferencia los relacionados con el *sport* colombófilo. En su virtud ha concedido premio á los siguientes concursantes: medallas de oro, plata y bronce de la Real Sociedad Colombófila; con sus correspondientes grandes diplomas, á D. José Puntas, á D. J. Soler y á D. José Bayarri respectivamente; un objeto de arte ofrecido por D. Salvador Andreu, á D. Antonio de Porras; una lámpara de magnesio «Nadar,» de los señores Hijos de José Texidor, á D. Luis Xirau; medalla de oro y diploma de honor de la Sociedad Nacional de Avicultores Españoles, á D. Ignacio Barraguer; una cámara «Metropol» (9x12), de D. Fernando Rus, á D. Federico Barris; un objeto artístico, de don G. Cuspinera, á D. Antonio Ubach; una cámara panorámica «Litote» (6x13), del Cosmos Fotográfico, á don Antonio de Bofarull; un objeto de arte, del café-restaurant del Tibidabo, á D. Enrique Amiguet; un trípode de metal automático, de la casa Riba S. en C., y seis frascos de revelador, de Hijos de A. Busquets, dos premios, á D. José Pagés; un objetivo Cleveland, de D. Ramón Olaguer-Feliu, á D. Fernando de Olalde; un objeto artístico, de los Sres. Libre y Serra, á D. Joaquín Grassa; una cámara para vistas panorámicas semicirculares, de Multincope and Film C.º, á D. José Matheu; un objeto de arte, de la Comisión ejecutiva de la estación de mensajeras de la Colombófila, á don Francisco de Cepeda; un objeto artístico, de D. Diego de la Llave, á don Eugenio Janer, y un premio de la casa Helius, á D. Guillermo de Plandolit.

Tres duros de cuarto, en uno que lo era en la calle de la Ruda; dos pesetas diarias por hacer dos comidas en un figón de la cabecera del Rastro; dos reales del café diario, y lo restante para fumar, vestir

blanco sudario tejados y piso, Anselmo, terminada la función, caminaba hacia su casa muy de prisa, dando tiritones y oprimiendo contra su cuerpo el violín envuelto en su funda verde.

Al llegar á la cerrada puerta del portal é ir á meter la llave en la cerradura, sus pies tropezaron con algo que había en el suelo, en el mismo escalón del quicio de la puerta.

Una idea súbita cruzó por su mente; él había oído hablar de niños recién nacidos, abandonados por sus padres miserables en medio del arroyo ó puestos á la puerta de la casa de un amigo ó de una persona caritativa, é instintivamente miró aquel envoltorio de harapos que yacía sobre la dura piedra.

No, no era de ningún pequeñuelo, á juzgar por su tamaño, y Anselmo pronto pudo convencerse de ello, pues se trataba de una niña, crisálida de mujer, de unos diez años de edad, escuálida, con el hambre retratada en sus ojos azules, demacrada, anémica y al mismo tiempo rubia y hermosa.

Anselmo la preguntó por sus padres, no los tenía; por su modo de vivir, pidiendo limosna; por sus protectores, la tía Nemesia, que la maltrataba sin piedad cuando no la entregaba más de tres pesetas y de quien había decidido separarse para siempre aquella misma noche.

Anselmo la obligó amable y cariñosamente á subir á su buhardilla; ella, más que accediendo, dejándose llevar, subió, y poco después caía desfallecida sobre el desvencijado catre del músico.

El violinista corrió á la taberna de la esquina, que no se cerraba en toda la noche, y momentos más tarde subía de dos en dos los escalones de su casa con varias frioleras y una botella de buen vino.

Instó Anselmo á su desconocida á tomar algún alimento; hízolo ésta así, y ya más repuesta, conversó con su inesperado amigo hasta que el sueño y el cansancio la rindieron.

El músico durmió aquella noche sentado y arrebujado en su raída capa, y esta ó parecida escena se repitió muchas noches.

Anselmo subvenía con un amor verdaderamente paternal á cuanto la mendiga necesitaba, repartiéndole con ella, mejor dicho, cediéndole casi todo su sueldo, y ambos vivían alegres y satisfechos, á pesar de sus muchas privaciones y escaseces.

Pero la murmuración, esa miserable entrometida que todo lo mancha con su baba venenosa, presentóse también muy pronto y despertando en Julia, que así se llamaba la recojida de Anselmo, sentimientos é ideas que antes desconocía, hicieron que la muchacha principiase á sentir por su amigo algo muy distinto de la gratitud.

Una noche, Julia manifestó á aquel viejo, que hasta casi podía ser su abuelo, sus deseos de abandonar su casa; pero el anciano, exclamó besándola en la frente:

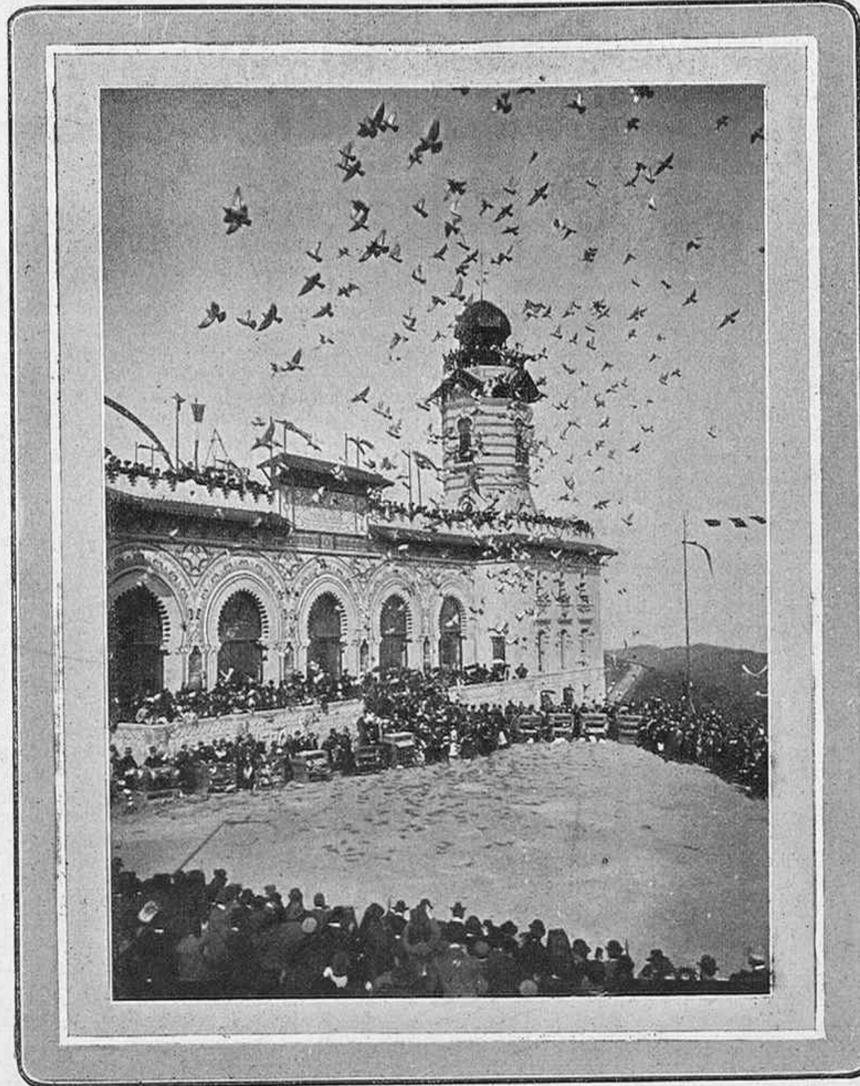
— No, no te irás; te casarás conmigo, y aun cuando seguiré siendo tu padre, evitaremos las murmuraciones.

Un año más tarde, Julia y Anselmo estaban casados. Ella le cuidaba como á un padre y merced á una inesperada herencia los esposos vivían con desahogo.

La murmuración, sin embargo, sigue creyendo que aquel matrimo-

nio fué sólo un matrimonio de *conveniencia*. Y no explica por parte de cuál de los dos cónyuges.

P. GÓMEZ CANDELA.



CONCURSO FOTOGRAFICO «TIBIDABO.» - Primer premio, medalla de oro de la Real Sociedad Colombófila, lema *Tornemhi*, de D. José Puntas

Además, vista la dificultad de obtención de los asuntos pedidos y para premiar el esfuerzo demostrado por otros concursantes, el Jurado ha otorgado 108 diplomas de cooperación. — X.

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Anselmo no era opulento, pero era solo, lo cual no deja también de representar una renta. En efecto, para él era exclusivamente cuanto ganaba; todas las obligaciones que tenía que cumplir y todas las necesidades que había de solventar reducíanse á su persona, así es que con los dieciséis realillos que le daban todas las noches en el teatro Eslava, vivía «hecho un príncipe,» como decía él en una hipérbole que henchía la satisfacción.

La temporada terminaría, el teatro cerraría sus puertas, y nuestro hombre, que era «un segundo violín» bastante aceptable, en opinión de los maestros y de sus compañeros, tendría que irse con la música á otra parte; pero ¡bah!, se iría. Si el teatro de Eslava se cerraba, no habría, en cambio, de faltarle un puesto y un atril en cualquiera otro de los coliseos que se abriesen, ó en último término, con alguna función religiosa ó yéndose fuera formando parte del sexteto de cualquier compañía modesta que saliese á provincias, él saldría adelante aunque disminuyese su jornal, porque «para él solo...»

ó cualquier otro gasto extraordinario: he aquí todo el presupuesto de Anselmo.

Porque, efectivamente, el fumar y el vertir eran verdaderos «extraordinarios» para el violinista, quien no solía consumir más tabaco que el que le daban sus compañeros, y á quien todavía le duraba un chaquet que compró el año 80 y un pantalón que le regaló un trompa cuando el Centenario de Colón.



Premio de los señores socios de la Colombófila, lema *Ars, lux, patientia*, de D. Francisco de Cepeda

Cierta noche del mes de enero, de esas en que á pesar de soplar helado el viento del Guadarrama, la nieve cayendo en espesos copos cubre como con

nio fué sólo un matrimonio de *conveniencia*. Y no explica por parte de cuál de los dos cónyuges.

P. GÓMEZ CANDELA.



DESPLUMANDO ÁNADES, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE MAX LIEBERMANN, EXISTENTE EN LA GALERÍA NACIONAL DE BERLÍN

NUESTROS GRABADOS

Los príncipes imperiales alemanes embarcándose en Brindis en el yate «Saphyr» para



Los príncipes de Alemania embarcándose en Brindis en el yate Saphyr para emprender su viaje á Oriente

emprender su viaje á Oriente.—La educación que el emperador Guillermo II de Alemania da á sus hijos, es indudablemente la que, dado el modo de ser de los pueblos europeos, corresponde á quienes pueden verse al frente de la gobernación de un Estado. Después de convenientemente preparados con la primera instrucción recibida al lado de sus padres, se han pasado algunos años en Bona, cursando en aquella universidad como simples particulares, viviendo con la relativa independencia del estudiante separado de su familia, en continuo contacto con sus compañeros, sin distinguir á los plebeyos de los nobles y sin obtener de ellos más preferencias ni distinciones que las que por su propio valer ó por sus personales simpatías se conquistaron. Y una vez terminados sus estudios, el emperador les hace emprender ahora un viaje á Oriente, sin que le arredren los riesgos de la excursión ni la consideración de los pocos años de sus hijos, comprendiendo que el oficio de monarca exige no pocos sacrificios é

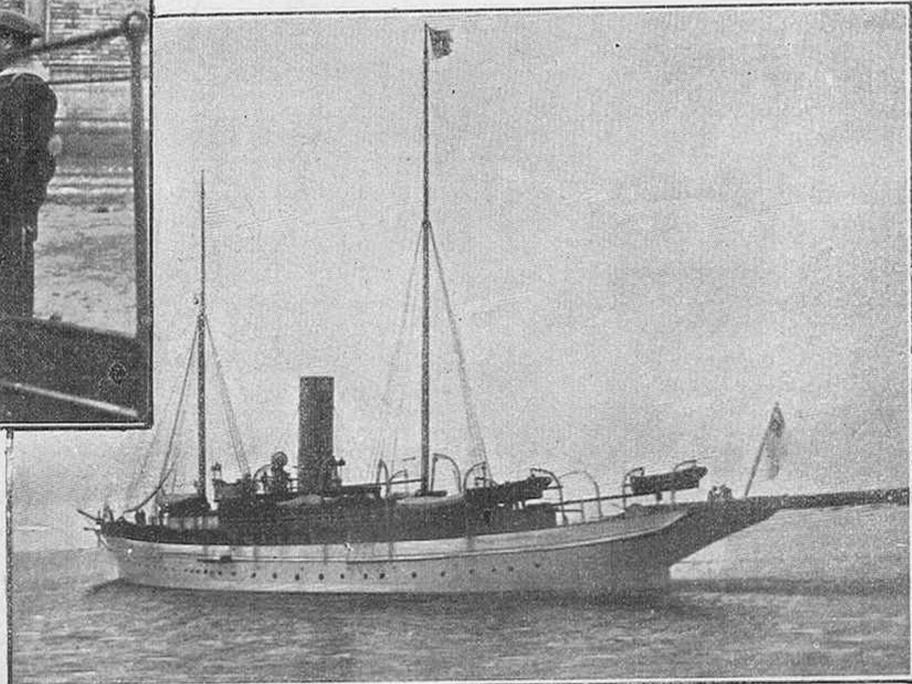
mientos en la forma y modo que se conciben y permiten las aptitudes. De ahí que en todas sus obras se observe el carácter, tendencia y temperamento del artista, que entiende felizmente que cada obra que produzca ha de ser la manifestación determinada de un pensamiento, sin que para lograr su propósito haya de recurrir á moldes y procedimientos adoptados. Véanse los cuadros que ha producido y especialmente el que figura en estas páginas, y re-

sultará evidenciado que el artista á que nos referimos subordina el procedimiento al concepto, persiguiendo siempre el nobilísimo propósito de obtener resultados con limitación de recursos, ajeno á los efectismos y devoto ferviente de la simplicidad.

El beato Juan de Rivera, estatua de Mariano Benlliure.—Con razón ocupa Benlliure uno de los puestos más eminentes entre nuestros escultores y goza de grande y merecida fama en los centros artísticos extranjeros: sus esculturas no son la copia fría de la realidad ó la expresión gráfica de una idea maduramente pensada, sino que en todas ellas alienta la pasión, late la vida,

Coloseo, El valle de Josafat, La barca de Caronte, El aquelarre y otros cuadros que del genial pintor José Benlliure hemos publicado en esta revista, habrán de convenir, al contemplar el que en el presente número reproducimos, la ductilidad del talento de este artista. Unos y otros pertenecen á dos géneros completamente opuestos, y sin embargo, el mismo pincel que en vigorosos trazos diera forma á aquellos asuntos poemáticos tan grandiosamente concebidos y ejecutados, ha sabido encontrar primores de dibujo y delicadezas de color para trasladar al lienzo esa escena de apacible poesía que recuerda las exquisiteces de quienes se inspiraron en las costumbres cortesanas de los Luises XIV y XV de Francia.

Desplumando ánades, cuadro de Max Liebermann.—Aunque muy recientemente y en distintas ocasiones nos hemos ocupado de este ilustre pintor alemán, estimamos oportuno hacer una ligera indicación sobre el cuadro suyo que hoy publicamos. ¿Quién no diría, al verlo, que es obra pintada hace poco? Tan por completo se ajusta á los cá-



El yate Saphyr. (De fotografías de Monticelli de Marzo, remitidas por Carlos Abeniacar.)



CONCURSO FOTOGRAFICO «TIBIDABO.» — Premio de la casa Cuspina, lema «Con risa y llanto...», de D. Antonio Ubach

imponer el deber de preparar nuevos y buenos soberanos para el pueblo cuyos destinos confió á sus manos la Providencia. Así fué educado él, y nadie negará que ha resultado un monarca de cuerpo entero, conocedor como pocos de las necesidades de su nación y como pocos atento á satisfacerlas. Alemania, bajo una dinastía que así piensa y obra, ha llegado á ser la nación, bajo muchos conceptos, más poderosa del mundo; el sistema está, pues, acreditado por la práctica, y el actual emperador, al perseverar en él, demuestra un gran talento y un gran amor á su patria.

Éxtasis, cuadro de Sebastián Junyent.—Es el Sr. Junyent uno de los pintores catalanes que más se ha singularizado. Enemigo de la vulgaridad, ha procurado huir de la imitación, convencido de que todos debemos aportar el personal esfuerzo expresando ó representando conceptos y senti-

brilla la inspiración más portentosa. En sus manos el mármol ó el barro pierden la cualidad de materia insensible para ofrecerse á nuestros ojos como miembros que se mueven, como músculos que palpitan, como nervios en actividad; en suma, como algo que vive y alienta proclamando el poder del genio que tal milagro ha realizado. Tienen sus estatuas verdadero movimiento en medio de su quietismo; no parecen condenadas á inmovilidad perpetua, sino sorprendidas en una actitud fugaz cuya contemplación no fatiga y que se nos antoja ha de resolverse en cuanto dejemos de mirarlas, porque la actitud nunca es forzada y la expresión siempre resulta por demás natural. La obra suya que reproducimos en la página 204 constituye una prueba de que no son exagerados nuestros elogios.

Pasatiempos del rey niño, cuadro de José Benlliure.—Los que recuerden los cuadros La visión del

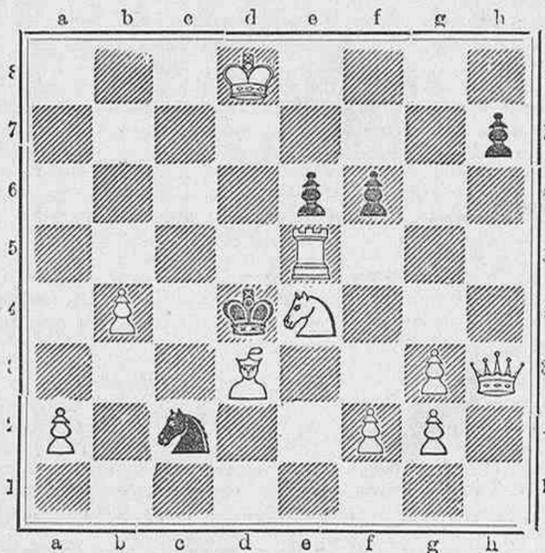
arte moderno, que si al pie del mismo figurara la fecha de uno de estos últimos años, nadie lo extrañaría y aceptaría el lienzo como uno de los mejores en nuestros días producidos. Pues bien: Max Liebermann lo pintó en 1872, cuando las teorías hoy dominantes apenas eran presentadas por algunos escogidos, y cuando el culto á la naturaleza y á la verdad no se había atrevido á medir sus armas con el convencionalismo, que como soberano poco menos que absoluto entonces imperaba. Y es que Liebermann no se ha preocupado nunca de cómo podían sentir el arte los demás; ha querido únicamente mostrar al público cómo lo sentía él; por esto precisamente ha llegado á ser uno de los pintores más concienzudos y más universalmente celebrados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 318, POR R. HOLLSTEIN.

5.º premio del Concurso de La Stratégie, sección C.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 317, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dd1-h1 | 1. Th3xh1 |
| 2. Cc2-e3 | 2. f4xe3 |
| 3. Ae5-h2 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Rc5-d5; 2. Ta4-d4jaq., etc.
 1..... Th3xh5; 2. Dh1xf3, etc.
 1..... Otra jug.; 2. Ae5xf4jaq., etc.

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Y dijo D. Fabio, señalando con el cabo del rebenque:

— ¿Ves allá, allá, aquella tranquera? Pues ese es el término de *La Justa*: desde ahí hasta la casa tenemos más de una hora todavía; es decir, que antes de las seis no habremos llegado. Aquel rancho es la *pulpería* de Donato, el piemontés: no nos dejará pasar sin ofrecernos un vasito de caña ó de ginebra... Su mujer es criolla y tiene dos hijas muy monas. ¡Buena gente toda; buenal! ¡Qué tierra, Victoria!, ¡qué aire! ¿No se te ensancha el alma?

Orgulloso, recreándose en la obra maravillosa de su constancia y de su esfuerzo, abrazaba de una sola ojeada los campos cultivados y fecundos que surgían en el fondo del camino, y tendía la diestra:

— ¡Todo lo he hecho yo!, ¡yo solo! Quince años atrás esto era un *potrero* inmenso. Espera, ya verás...

Aún tardaron media hora en arribar á los dominios de *La Justa*; en la *pulpería* de Donato estaban, debajo del fresco emparrado, la criolla con sus dos chicas, muy agradecidas morenas, en efecto, pero no todo lo limpias que debe parecer la hermosura, de falda de percal y pañuelos de seda al cuello, sueltas las recias trenzas negras y desnudo el pie: á sus voces de alegre bienvenida, acudieron el gordo piemontés y cuatro paisanotes que jugaban á las bochas, pretendiendo todos que bajarán los señores y catasen un trago de la mejor ginebra del partido, ó un mate que la más lista de las mozas prepararía en un decir amén; pero Josecito no quiso admitirlo ni dar respiro á los caballos, y dejó á todos con los obsequios en la boca y los sombreros en la mano, arreando el equipaje á riesgo de descalabrarlo.

Mientras él porfiaba con Donato y sus amables huéspedes, hizo D. Fabio que la volanta se pusiera á la cabeza de la caravana, sin duda á fin de facilitar la ejecución del plan que concertado había con sus cómplices, y así no fué escasa la rabia de Josecito cuando vio el armatoste que le cortaba la carrera; mandó que se quitara, pero no hubo medio, pues más apresuraba él, más corría la volanta, y tanto, que desapareció en una hondonada, y entre los árboles, que adelantábanse á preguntar los cuidados del plantío, se perdió luego, provocando espesa polvareda. A todo esto se internaron en el bosque, y la algarabía de los loros, que de rama á rama charlaban como si fueran personas, les aturdió y distrajo alegremente; dijo D. Fabio que eran aquellos los discursos que el alado congreso dedicaba á la nueva y hermosa castellana, y fueron tales y tan elocuentes, que Victoria se tapó los oídos, demostración que antes que imponer ó cerrar el pico á los parlanchines, los alborotó más, sin duda escandalizados del ruido del carruaje.

Ya podía respirarse, y en la frescura de la arboleada los asoleados y molidos viajeros (excepción hecha de D. Fabio, que era el más famoso centauro del contorno), hallaron lenitivo á sus fatigas y anticipo deleitoso del descanso apetecido. No daba paz al látigo el auriga, y á poco salieron del bosque y entraron en la inmensa zona de cultivo, cruzando campos de alfalfa y de maíz, tan extensos que inundaba el verdor todo el paisaje; luego praderas, donde *las moscas y los mosquitos* anunciados por José pululaban, en efecto, y no había quien los contara; y verdes alfalfares, otra vez, maizales que se perdían de vista, y más allá, más allá, tapices de lino y de centeno, y al cabo el trigo, el dorado mar sin límites, derroche de fecundidad, riqueza desbordada de la madre tierra, que sonreía orgullosa. D. Fabio, ergui-

do, como un dios á cuyo poder estuvieran sometidos los gérmenes todos, tendía de nuevo la soberbia diestra.

— Yo solo, ¡solo! ¡Tierra de bendición!.. ¿Qué

cuían de alquería holandesa, muy pintaditos de rojo, cuyo destino lo proclamaban el mugir de las muchas vacas que en los limpios establos ofrecían las ubres generosas y el batido de cremas que alegre-

mente se escuchaba, entre el pasar y repasar ante las ventanas de chicas no tan bonitas é ideales como lo soñaría el romanticismo, pues eran campesinas negruzcas y cerdosas, pero todo lo pulcras que el arte de la mantequería exige; del lado derecho, sobre el hermoso tapiz de un jardín, surgió, á la vuelta de un recodo, el elegante pabellón bajo el cual la señorita Clotilde enseñaba lo que no sabían á los hijos de los *puesteros* de la finca y á cuantos niños, por la distancia ú otros inconvenientes, no podían asistir á las escuelas del Trigal, y de pronto, en el fondo, rasgó el espacio la aguja de la capillita gótica, cuya campana empezó en seguida á voltear, anunciando feliz y extraordinario suceso.

Declinaba el sol, y en el parque cantaban zorzales y calandrias. Al son de esta marcha triunfal, pues, llegaron coche y caballero á la plazoleta de naranjos que precedía la entrada de la casa, y la vieron ocupada por un batallón de chiquillos, las hembras de un lado y los varones del otro, cepillados todos y apañaditos como en día de fiesta, presididas las niñas por la señorita Clotilde y por D. Celedonio los niños; á una señal del capellán, rompieron á berrear todos un himno ó epitalamio que, según se supo después, era parto de la musa de la maestra; al mismo tiempo, dos rapazas de las mayorcitas adelantáronse y presentaron á Victoria ramilletes de jazmines, mientras el eco repetía el estribillo de los desafortunados cantores:

— *Salve, señora, salve...*

Celebró mucho la joven la ocurrencia, y ayudada del radiante D. Fabio, fué á besar á la chiquillería y felicitar á los directores del coro, los cuales se deshicieron en corteses excusas por la falta de ensayos, sobre todo el D. Celedonio, que era un viejecito miope y desdentado, cuya timidez le sacaba los colores para decir:

— He compuesto yo la música en dos días... Luego, tres días nada más de ensayos... Gracias que son todos muy listos, porque á listos no hay quien gane á sus paisanos de usted, señora: se lo aprenden todo como sorberse un huevo.

— ¡Oh, eso sí!, apoyó Clotilde parpadeando con afectación de bella inspirada, no tengo ninguna cabeza dura en la clase, afortunadamente.

Entre dimes y diretes, Josecito había desaparecido; despidióse D. Fabio, sin que valieran los ruegos que para retenerle la sobrina le hizo, escuchando ésta las siguientes expresivas palabras de adiós, que lo mismo eran advertencia que consejo:

— Sobre todo cuida de ganar la voluntad de mi madre. Mi madre es muy rara... Estúdiala y no la contraríes. Mucho tacto, sobrinita...

Marcháronse la maestra, el capellán y su cortejo de bulliciosos angelotes, y Victoria, guiada por una doncella respetuosamente, subió la escalinata de la casa suspirando, atravesó el recibimiento, la sala y el comedor, que la parecieran muy ricamente decorados si no llevara los ojos cuajados de lágrimas otra vez; volvió á subir por una escalerilla de caracol y ya en en el piso principal, al cabo de un pasillo, la doncella abrió una puerta:

— Aquí es: ¿desea la señora alguna cosa?

Victoria entró en la alcoba, tendida de azul y de color de rosa, colores alegres con que se visten las ilusiones, y derrochados en la pintura de amorcillos, que en ronda picaresca revoloteaban en las cortinas y en el techo. Imagínesele, sin embargo, todo negro,



apoyada en la ventana, casi á obscuras...

vale tu gran ciudad, Victoria, al lado de este templo de la Abundancia, donde la vida brota lozana por todas partes?

Aunque no quisiera Josecito, hubieron de detenerse en el primer *puerto* que al paso se encontraba, y era el de *ño Camilo*, un gaucho de melena gris que esperádoles estaba á la puerta del rancho; pero apenas diez minutos de descanso se concedió á los sudorosos caballos, y de nuevo el látigo les cosquilleaba en las orejas, sumergiéndose entre los trigales, donde anduvieron sin parar y sin que pareciera el término del viaje ni del sendero... Al cabo divisáronse las torrecillas de *La Justa*; con chasquidos y trallazos por la calle de altos eucaliptus emprendió carrera Josecito, y galopando gallardamente, siempre junto al estribo, D. Fabio; del carretón de Regino no se tenían noticias, ni se preocupó nadie en pedir las.

Rápidamente desfilaron, pues, coche y caballero ante una serie de blanqueados galpones, que eran otros tantos depósitos de lanas y cueros secos, y cuyo hedor característico salía por las puertas abiertas, las que exponían la pródiga riqueza almacenada, de fardos y de pieles; otros más eran graneros, repletos como para alimentar un ejército, y en otro amplísimo se guardaban las máquinas de labranza, de arar, sembrar, segar, trillar, desgranar: la actividad multiplicadora puesta al servicio de un solo brazo. Aparecieron luego, del siniestro lado, edificios que, por lo rústicos y de agradable vista, pare-

horrible calabozo en el que la recluían para siempre, y temerosa de que estallara su amargura, despidió á la criada, arrojó los jazmines sobre una consola y se apoyó en la ventana abierta... La tarde caía serena; en el parque el concierto de zorzales y calandrias, interrumpido por la campanita bullanguera, recomenzaba con mayor brío: enamorados aéreos que celebraban sus esponsales con envidia y regocijo de la naturaleza entera. Victoria lloró largo rato. En la heredad magnífica, en medio de las riquezas que D. Fabio la señalaba durante el camino y cuyas eran ya en virtud del eterno vínculo que á la casa Esquendo la ligaba, se sintió más infeliz que la última muchacha de *La Justa*. No, no previó esto, cuando instigada empeñosamente por Ladislao, llegó á ambicionarlas...

Y llorando, apoyada en la ventana, casi á obscuras, la sorprendieron los pasos de Josecito en el pasillo, cuya presencia adivinó porque repercutieron en su corazón como golpes que se dieran en la puerta de una tumba.

Victoria cerró los ojos...

II

Inútil será que busquen ustedes en la nomenclatura de los partidos provinciales el del Trigo, adonde acabamos de llegar después de tanto molimiento, porque no le hallarían, como tampoco hallaron los de Ombú y Las Piedras, sitios imaginarios en los que pasaron curiosos sucesos ya referidos. ¡Pues medrado andaría el autor si no cambiara nombres y supiera despistar á la maliciosa curiosidad, que entre líneas gusta de filtrarse para descubrir intenciones y levantar la careta de los personajes! Conste, pues, que el Trigo existe realmente, si bien no sea este el nombre oficial con que se le conoce, y es tal como se ha visto y se ha tratado de pintar con la ayuda del gran D. Fabio Esquendo, el más ilustre de los *trigaleños*, y acabará de pintarse cuando visitemos el pueblo, que será pronto, Dios mediante.

Obligados á respetar las expansiones de los novios, interésanos más, por ahora, averiguar quiénes eran estos Esquendo...

No todos ellos, especialmente los de la última hornada, aunque todos muy ricos, gozaron de la estima y limpia fama que D. Fabio, lo cual daba á su figura mayor relieve. Pasa por verdadero que el hermano menor de D. Fabio fué algo calaverón, y acaso el algo sea favor de la benevolencia; lo cierto es que dió tan grandes disgustos á misia Justa, hoy con deudas, mañana con trapisondas y con escándalos todos los días, que, ocurrido el más ruidoso de su carrera, no sé qué escalos y adúlteros manejos en la casa de un trigaleño acomodado, le casaron á la fuerza; y como estaba el hombre que se caía á pedazos de la mala vida, la arrastró penosamente, dejando horrible herencia á la esposa infeliz, que murió también á poco, hecha una lástima, y á sus tres hijos.

De éstos, el mayor, Alberto, prometía grandes cosas, aunque era de salud precaria; pero apenas casado con Melchora, su prima, se desnucó cayendo de un caballo; el segundo, Jacobo, escarnio y vergüenza eterna de la familia, dió su nombre á una mujer de baja estofa, y llevaba en la sombra el grillete de su falta; el tercero, Josecito, era tonto y, según el fallo médico, propenso á la locura, cuyo estallido impediría la sabia higiene y un método severo.

Matrona de grandes alientos, misia Justa soportó el peso de tantas desdichas con valerosa firmeza. Viuda desde muy joven, había aprendido á vencer los obstáculos de la vida; porque misia Justa González poseía un carácter realmente varonil, altas dotes de masculinidad asombrosas en quien no podía ser tachada de marimacho, pues consarvaba las gracias de su sexo, y ni gastaba barbas, ni voz gruesa, ni las brusquedades hombrunas que parece exigir el personaje; en suma: que siendo misia Justa hermosa dama de refinados modales, en lo externo, era hombre *por dentro*, un D. Fabio con faldas, ó más claro (si en esto hay confusión), un alma de varón embutida dentro del cuerpo de la hembra más guapa que, según la tradición, floreció jamás en los portales jardines, alma que sentía y obraba como no acostumbran á hacerlo las que, por regla general, animan é inspiran á la belleza. De tal modo, que, navegante en porfiada lucha con las olas, en medio de los disgustos, muertes, catástrofes y adversidades de todo linaje que afligieron en cincuenta años á la familia, mientras á sus fieros golpes caían vencidos los Esquendo uno tras otro, la abuela Justa permanecía erguida, insensible, al parecer, como la misma piedra, sin una lágrima, estereotipada la sonrisilla de desdén que á su fisonomía de imagen, dentro del

marco de plateados bucles, bajo la luz de sus ojos negros, dábala reflejos de singular estoicismo.

—Lo que tiene remedio, hay que remediarlo; cuando no lo tiene, ¿qué le hemos de hacer?, decía sencillamente explicando el fundamento de su filosofía.

Alguien la ha acusado de dureza de corazón. Es posible, pero á mí no me toca defenderla. La verdad es que en las trastadas y bellaquerías del segundón de sus nietos se mostró la señora tan implacable que no la conmovieron ruegos, llantos y humillaciones; Jacobo quedó desterrado para siempre de su presencia, y por no perecer de hambre tuvo que sostener largo pleito, porque la abuela, con argucias, le rehusaba lo que le correspondía de la fortuna de su padre.

No puede negarse que mucha parte de la grande obra de D. Fabio en el Trigo se debía á misia Justa, al menos en la ayuda pecuniaria, sin la cual la idea práctica muere apenas nacida en la mente generadora. Siendo misia Justa un D. Fabio al revés, pero un D. Fabio sin corazón, D. Fabio tenía por dentro y por fuera rasgos y parecidos de misia Justa notables, compenetrándose los espíritus de la madre y del hijo como si formaran uno solo, y mostrando en lo físico tanta semejanza, que muchos decían de D. Fabio que era misia Justa con entrañas.

Pecaríamos, pues, de menguada imparcialidad, si en la cuenta de misia Justa apuntáramos los defectos y errores que el público la enrostra con malevolencia notoria. Así en el caso desgraciado de Jacobo, como en cuantos sufrió ó hubo de intervenir la familia, sea por el natural respeto de D. Fabio y su bondadosa debilidad, ó por el despotismo incontrastable de misia Justa, madre é hijo marcharon de acuerdo, con tan absoluta armonía, que la palabra del uno pasaba, con razón, por traducción fidelísima del pensamiento materno; y en la casa, lo mismo Melchora que el último criado, sabían que bastaba consultar á cualquiera de ellos para obedecer y agradar á los dos.

Lo que más preocupaba á misia Justa (y de consiguiente á D. Fabio) era la sucesión de aquella inmensa fortuna de Esquendo. ¿Quién la tomaba en sus manos y se ponía al frente de la *estancia* el día que ambos faltaran? Porque á D. Fabio fácilmente le reemplazaría ella misma, que la sobraban conocimientos y energía, y empresas mayores sentíase capaz de acometer y las acometió; pero á ella, ¿quién la reemplazaba? Solterón incorregible D. Fabio, ó por inclinación, ó el apartamiento de la vida social que de tentaciones le libraba, parecía excusado pensar que llegara á casarse bien corridos los cincuenta; Alberto, el mayor de los nietos, dejó sólo una hembra, Pastorita, y las hembras, de no ser de la madera de misia Justa (y desgraciadamente Pastorita no salía á la abuela), no sirven para otra cosa que para enredarlo y descomponerlo todo, según la opinión de D. Fabio; en cuanto á Jacobo, ¡alabado sea Dios!, no tenía hijos.

De esto hablaron mucho la madre y D. Fabio, sin discutir, pues jamás discutían; pero como los sucesores no se improvisan, dejaron que el tiempo resolviera el asunto, casando, por ejemplo, á Josecito. Los defectos de Josecito no se les figuraban obstáculos, ni como tales defectos debían tenerse en cuenta; cuando él quisiera, y la que él quisiera mágicamente se entregaría á su albedrío, que por conquistarle todas las chicas casaderas se tirarían del moño.

Verdad tan grande esta, que no pasó mucho tiempo sin que se comprobase, mediante el descubrimiento de las artimañas puestas en juego para atrapar al niño tonto, y que la malicia atribuía á los Stuart, de Barracas.

Misia Justa, gravemente, reflexionó y D. Fabio también. Sus dos cerebros, trabajando de consuno, alumbraron esta misma idea: que si la Stuart era de buena familia no debía contrariarse á Josecito, pues si le contrariaban, caería en manos de una de igual calaña que la de Jacobo, ó quizá peor. Y acordaron no contrariarle, aunque el instinto de la desconfianza escamó á misia Justa, desde luego, tocante á los interesados propósitos que la atracción del nieto suponía en los Stuart, y sobre estas dudas sopló vivamente la agria y maligna Melchora, alarmada por un proyecto que podía despojar á su hija de la herencia universal de los Esquendo. Naturalmente, ¿qué otro móvil que el interés más descarado guiaba á los Stuart?

La abuela Justa no se opuso además por el lejano parentesco de los Esquendo y los Solaños, la buena fama y la hermosura de Victoria, pero no abrió las puertas de su familia á la intrusa sin grande recelo y escaso aprecio, altiva y seca siempre, guardando sus energías para la ocasión oportuna.

En esta campaña desplegó el ambicioso Ladislao todos sus recursos de astucia, de paciencia, de serenidad y de cálculo. Aconsejaba, guiaba y empujaba á Victoria, consolóla en sus desmayos y fortalecía sus indecisiones; hasta sugeriale aquellos juegos de coquetería que la frialdad de la muchacha olvidaba, no ciertamente por ignorados. Preso en la red Josecito, en la Barraca de Stuart se emplearon cuantos medios y cábalas y artimañas permite la decencia convencional que rige en las altas sociedades, para que de la red no se escapase, siendo de estos manejos Ladislao el alma y el director supremo, Victoria el instrumento dócil y resignado; pero cayó tan á gusto el preso, que no le sacaran á la fuerza, y si le sacan se mata ó acaba de perder el seso.

¡Válgame Dios, y qué trabajo costó casar á Josecito! Tanto como criarle, vigilar su adolescencia tardía y meterle en la cabeza las cuatro reglas... Sus impacencias llegaban al delirio, y las vacilaciones mal disimuladas de Victoria le enfurecían; y como entre una y otra familia había cavado la intriga hondo abismo de rencores y desconfianzas, el soldar de incidentes sólo la habilidad de Ladislao podía conseguir, habiéndose apresurado los preparativos de la ceremonia por temor de que todo quedara en agua de cerrajas.

Cuanto se diga, pues, de lo preocupada que el señalado día de la boda volvió misia Justa á su palacio de la calle de la Victoria, solar patrimonial de los Esquendo, parecerá inútil, y con ella Melchora, la avispada viudita de Alberto, eco é instrumento suyo, sometida incondicionalmente á su despotismo en beneficio de la niña Pastora, una chiquilla de ocho años, hermosísima, rubia y sanota, en quien los instintos varoniles de la abuela habían degenerado en perversa inclinación, y era más mala y traviesa ella sola que cien muchachos juntos.

Muy preocupada estaba, pues, misia Justa, contribuyendo, sin embargo, las noticias que de allá trajo D. Fabio á calmar un poco su disgusto: instalada ya la pareja en el nido, la naturaleza y el tiempo, dos maestros de la vida, se encargaron de remachar la unión. El que pasaran los primeros días sin que Josecito la solicitara, ni se acordase del santo de su abuela, fué para ella excelente augurio; si bien, hablando con D. Fabio y Melchora, propuso que, antes de acabar la semana, marcharan todos á la *estancia*, pues el mozo no era muy de fiar, y por dares ó tomases de la remilgadísima inglesa podía arder la casa, lo cual sería ahora de más grave trascendencia que en la temporada del noviazgo; que, acostumbrado Josecito á someter sus acciones y pensamientos á la vigilante intervención suya, cuanto más cerca de él estuviera, menos peligro habría de conflicto, y, por último, que dejarle solo más de ocho días exponíasele á que se nublara su luna de miel. Con una de estas razones bastaba para que D. Fabio y Melchora se convencieran de la necesidad de marchar á *La Justa*, y aun con ninguna; pero la tiránica señora no resolvía nada sin consultarlo antes... para hacer luego aquello que tenía acordado de antemano.

Y así se hizo, llegando á *La Justa* los cuatro un domingo, á tiempo que D. Celedonio, terminada su misita, paseábase en la plazuela de los naranjos muy campante. No se esperaba aquel día á los amos, y con tal motivo hubo su regular alboroto en la servidumbre, sin que, durante el largo rato que duró la atropellada recepción, por puerta ni ventana aparecieran los novios, ni por parte alguna. Llamó la señora abuela al capellán y le llevó á remolque hasta una glorieta próxima, donde estaban á salvo de la curiosidad y del sol, y con aquel acento napoleónico que empleaba para los subordinados á su dictadura, le preguntó:

—Dígame usted, padre, ¿adónde han ido, que no se les ve?

—Pues... la señora Victoria está en la capilla y D. Josecito en su break, como todas las mañanas. Me parece, me parece, que tomó la dirección del Trigo.

—Ella en la capilla... Él de paseo... ¡Padre, esto no me gusta, repito que no me gusta!

Se encogió el pobre hombre, como quien teme recibir un cogotazo, y se excusó humildemente de lo que no le cabía la menor culpa, «porque si él hubiera sabido...» «si la señora se lo hubiera mandado...»

—Pero ¿quién le hace á usted cargos? Digo que no me gusta, naturalmente. ¡A los ocho días de casados!

—Si la señora me lo permite, insinuó el tímido sacerdote... Desde el día siguiente de la boda viene sucediendo lo mismo.

—¡Lo mismo! Ella baja á la capilla, y él... ¡Padre Celedonio! Cuénteme usted y hábleme con franque-

za, con sinceridad. La cosa no va con usted. No se ande usted, por lo tanto, con miedosos repulgos... ¡Parece mentira que lleve usted cuatro años en la casa!

— Es que la señora..., en verdad, me intimida un poco.

— Bueno. Hable usted. ¿Qué ha observado usted? ¡Padre, que me pone usted nerviosa!

Poca cosa pudo arrancarse por este medio al pusilánime señor, que, puesto á balbucear, no dió pie con bola: desde el día que llegaron, no se había visto juntos á los novios sino á la hora de la comida, y eso, según los informes de Blasa, la sirvienta, sentados sin hablar. La señora Victoria se levantaba muy temprano, y lo primero que hacía era meterse en la capilla; luego repartía su tiempo entre la lechería, donde gustaba mucho de ayudar á las mozas, y la escuela, con la señorita Clotilde, enseñando el inglés á los chicos y ejerciendo de pasanta á satisfacción general... Todo esto lo adivinó misia Justa, traduciendo al estropajoso capellán; y aumentó su disgusto, porque preveía desavenencias precoces en los recién casados, iniciales de perturbaciones futuras.

La niña Pastora llamó á voces á la abuela, y ésta y D. Celedonio volvieron á la plazoleta en el propio momento que Victoria salía de la capilla, llevando colgada del brazo á la chicuela: estaban allí también Melchora y D. Fabio, de palique con la Blasa, sin duda á la pesca de los mismos informes que sonsacar quería al capellán misia Justa; y á todos pareció la novia una animada figura de las góticas del pórtico, tan amarilla y triste que ni las monadas de Pastorita, ni el saludo familiar de sus parientes adornaron sus labios de una sonrisa. Dejose besar fríamente por las damas, tendió la mano á D. Fabio y se encaminó á la casa rodeada de todos, dejando á todos en el pasillo para encerrarse en su alcoba...

No había menester de más para que la abuela se escamara y se apercebiese á disparar sus rayos olímpicos. ¿Qué pasaba? Y fuera lo que fuese, ¿qué se figuraba la pobretona, la *guaranga*, la *orillera* de Barracas? Sin quitarse los guantes, ni la capota, ni el polvo del camino siquiera, reunió en seguida á sus hijos en consejo, cerrada la puerta del magnífico *hall*, que ahora se dice, ó sea la desahogada antecámara sobre el jardín que servía, ya de fumadero, ó de agradable pretexto de tertulia. ¿Qué decía de esto Melchora? ¿Qué pensaba D. Fabio? Erguida junto á la vidriera, el coraje la hacía estremecer. Los consultados callaban. Melchora daba á entender su pensamiento con visajes y moviendo de hombro á hombro la cabeza morena y vivaracha; D. Fabio fruncía el gesto, repitiendo:

— No sé..., no sé...

Analizados los informes recogidos por unos y otros, coincidían tan asombrosamente en lo esencial, que apenas se dudó que la discordia había estallado el día mismo de la boda: ¿por qué motivo? ¿Tan grave era éste que en los días siguientes no pudo ser remediado?, ¿ó el carácter de la Stuart era de tal naturaleza que no se doblegaba á la razón, ni á las conveniencias, ni al impulso del afecto de su marido?

— Ya me lo sospechaba..., dijo Melchora con aires de profetisa.

— Pues á esa, prorrumpió misia Justa desbordándose, la domaré yo con mis propias manos y la pondré más mansa que una oveja. ¡Conmigo no va á jugar! Y tampoco le permitiré que se burle de mi pobre nieto...

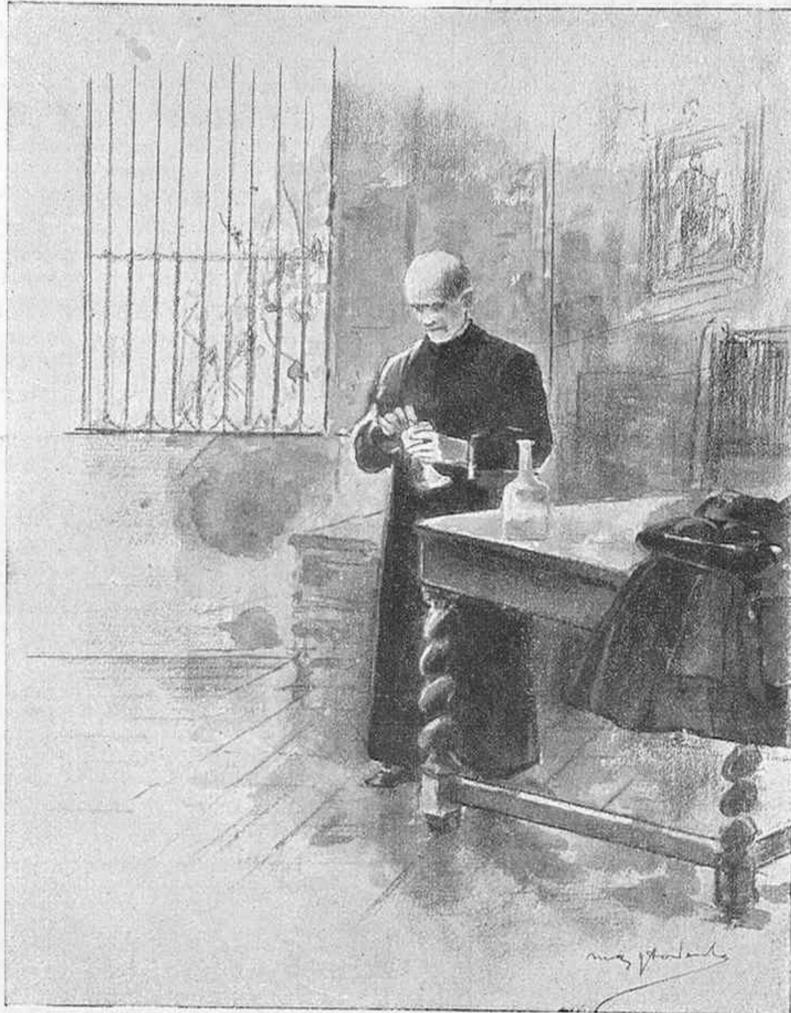
Como, al cabo, la discusión estaba fundada sobre conjeturas, creyeron lo mejor esperar las explicaciones de Josecito, las cuales se encargó la abuela de conseguir, pues á su influencia todopoderosa el joven se entregaría de seguida. Y apenas regresó de su excursión, antes del almuerzo, en el mismo *hall*, sola con él misia Justa, le interrogó por el método que acostumbraba cuando no quería que la oyeran, y era el siguiente: cogía un papel en blanco, ó más bien la pizarra que servía para los ejercicios escolares de Pastorita, y con un lápiz escribía las preguntas, las observaciones ó los consejos que daba á leer al sordo, el cual debía responder lo más bajo posible; de esta manera la conferencia sería pesada, pero quedaba secreta.

Se armó, pues, del lápiz la señora abuela, y sin hacer caso del asombro y disgusto del mozo, fran-

camente expresados, por su intempestiva llegada, escribió con resolución, letra clarísima y firme pulso, estas preguntas:

— ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué andas tú por un lado y Victoria por otro? ¿Por qué nos ha recibido ella con tan mala cara?

Metió por los ojos del nieto el papelote, y esperó la respuesta con nerviosa impaciencia; pero Joseci-



revolvió el brebaje y se lo zampó

to, aunque leyó de corrido el cartel, no contestó palabra; gruñó é hizo ademán de marcharse incomodado, lo que no había osado jamás, lo que significaba el mayor atrevimiento contra la abuela, el primero de su vida. Ella insistió, añadiendo una pregunta más y esta amenaza:

— Si no me lo dices, te obligaré. ¡Ya me conoces!

Y el sordo, como si no supiese leer. Al cabo, de un zarpazo puso fin al interrogatorio, rasgando el papel y con rabiosas lágrimas diciendo:

— Déjeme usted en paz... No hay nada... Lo que hay es que ella no me quiere... Y si no me quería, ¿por qué se ha casado conmigo?.. ¡Yo no me he casado para esto!.. Y ahora vienen ustedes á meterse... Lo van á empeorar... ¡Ay, abuela, abuela!..

Echado en un diván de aquellos, Josecito lloraba como un niño, y desconcertada misia Justa esgrimía el lápiz inútil, dudando si castigar con él al nieto ó proseguir el juicio en otra forma que de tan obscuro suceso la diera la clave. Sonó, en esto, la campana del almuerzo, y esclava de la disciplina por ella impuesta, la señora hubo de decidirse á interrumpir la tarea interesante de las averiguaciones; y Josecito delante y ella detrás, ceñuda y de mal humor, salieron del *hall* para entrar en el comedor...

En el cual, rodeando la bien vestida y espléndida mesa, esperaban sentados Melchora, D. Fabio, Pastorita, el señor capellán y Clotilde, que comían con la familia; sentóse á la cabecera misia Justa, luego de cambiar con los hijos una expresiva mirada; se deslizó en su asiento Josecito, y el criado iba á presentar el primer servicio, cuando la abuela le detuvo:

— ¡Falta la señora Victoria! Son las once, sin embargo. ¿No sabe la señora Victoria que es la hora del almuerzo?

— La señora Victoria ha mandado aviso con Blasa que la dispensaran si no bajaba hoy al comedor, respondió el criado respetuoso.

— ¿Está enferma?, dijo misia Justa temblando de cólera.

Nadie contestó. El mismo D. Fabio, muy contrariado, desmenuzaba su pan, por hacer algo. La maestra indicó temerosa:

— Esta mañana la oí quejarse de la cabeza...

— Pastorita, ordenó misia Justa, anda, hija mía, y dile á tu tía que la esperamos... Dile, ¿oyes?, ¡que yo la espero!

Salió escapada la niña Pastora, como un torbellino, y mientras ella desempeñaba la difícil comisión, ninguno de los comensales habló ni se movió, oprimidos los pechos por el disgusto; D. Fabio hacía pirámides de pelotillas, Clotilde y Melchora miraban sus platos, Josecito parecía un muñeco, el padre capellán se encogía como si quisiera desaparecer debajo de la mesa... El criado, granadero que da la guardia, con la fuente en las manos, esperaba tras del sitial del ama, tan espetado como ella.

La vuelta de la mensajera se anunció por un terremoto en las escaleras y corredores, presentándose toda sofocada á comunicar que «la tía Victoria no podía bajar...» El concurso entero agachó la cabeza, como cuando se presiente el estallido del trueno.

— ¡Vuelve á decir á la tía Victoria que yo la mando bajar!, resonó la voz airada de la señora.

Repercutió la orden en toda la casa, y el efecto del trompetazo fué la aparición de la rebelde, que, con tímidas excusas, se sentó entre D. Fabio y su marido. Todos respiraron. El criado sirvió.

Pero, como si algo les atragantara, ninguno pasaba bocado. En medio del silencio general repicaban los tenedores, y las desenfadadas mandíbulas de Pastorita, á quien no quitaban las preocupaciones el apetito voraz, mascaban con el estrépito de una piedra de molino; en las copas caía el rojo chorro de líquido, que nadie cataba, y apenas se oía la repulsa de alguno ante un nuevo plato: «No, gracias...» Estaban en el tercer servicio, cuando volcó su vaso Pastorita, inundando el mantel, lo que provocó su despedida ignominiosa del comedor, con pellizcos y palmetazos que desataron una tormenta de gritos propia para envidiar el privilegio de Josecito.

Así terminó el fúnebre banquete; escurriéndose uno á uno los comensales, en el deseo de resarcirse del mal rato con tranquila siesta á que convidaba el pesado calor de mediodía, y ya Victoria,

la última, se retiraba, cuando misia Justa, secamente, la llamó de esta manera:

— Victoria, ven; tenemos que hablar.

La joven obedeció, sumisa; dejose llevar por la terrible abuela al *hall*, donde ya D. Fabio, espatacado, fumaba á sus anchas, y de donde le arrojaron en términos perentorios, y frente á frente las dos, la dictadora y la humilde reo, sentadas en el diván, empezó así misia Justa:

— Espero que lo que hoy ha sucedido sea la primera y la última vez que suceda. A las siete es el desayuno, á las once el almuerzo, á las tres la merienda, y la comida á las siete y media; nadie en la casa se atreve á faltar á este horario, á no ser por causa de enfermedad grave, y á nadie le tolero, ni aun á Fabio, que peina canas, la indisciplina ó el desorden. Mi casa es un reloj... ¿Entiendes?

— Señora, dijo Victoria dulcemente, crea usted que yo no he querido faltar... Mi intención no ha sido... Cumpliré, estoy dispuesta á cumplir...

— Perfectamente. La lección que acabas de recibir debe aprovecharte, y si no peor para ti. Ahora, óyeme, y contesta derecho...

Reprodujo la anciana aquellas preguntas del cartel de Josecito, adobadas con apremiantes razones que no dejaban otra salida á la joven que la de la franqueza, cerrándole los atajos del disimulo de tan hábil modo, que cuantas veces intentó ampararse de él, misia Justa la cortó el paso.

— No; conmigo no valen tapujos. Tienes que decirme la verdad, para disponer, para obrar. Vuestra conducta es inconveniente: hay que poner remedio, evitar, prevenir... Yo miro muy lejos, muy lejos... Leo en el fondo de tu alma... Tú no quieres á tu marido... Y sabe Dios por qué. Sabe Dios lo que ocultas. ¿Me entiendes? Tengo la vista encima de tí, te vigilo, ¡te vigilaré! Cuidado, porque no consentiré la menor... la menor mancha; sí, mancha, en el apellido que te hemos dado. Con un marido bobo se pueden hacer muchas cosas; ¡pues haz cuenta que te has casado conmigo!

— ¡Señora!, exclamó herida Victoria; yo no he dado lugar... Usted me ofende; ¿por qué me ofende usted así?

Rompió á llorar. La abuela apenas hizo ademán de prestarle consuelo.

(Continuará)

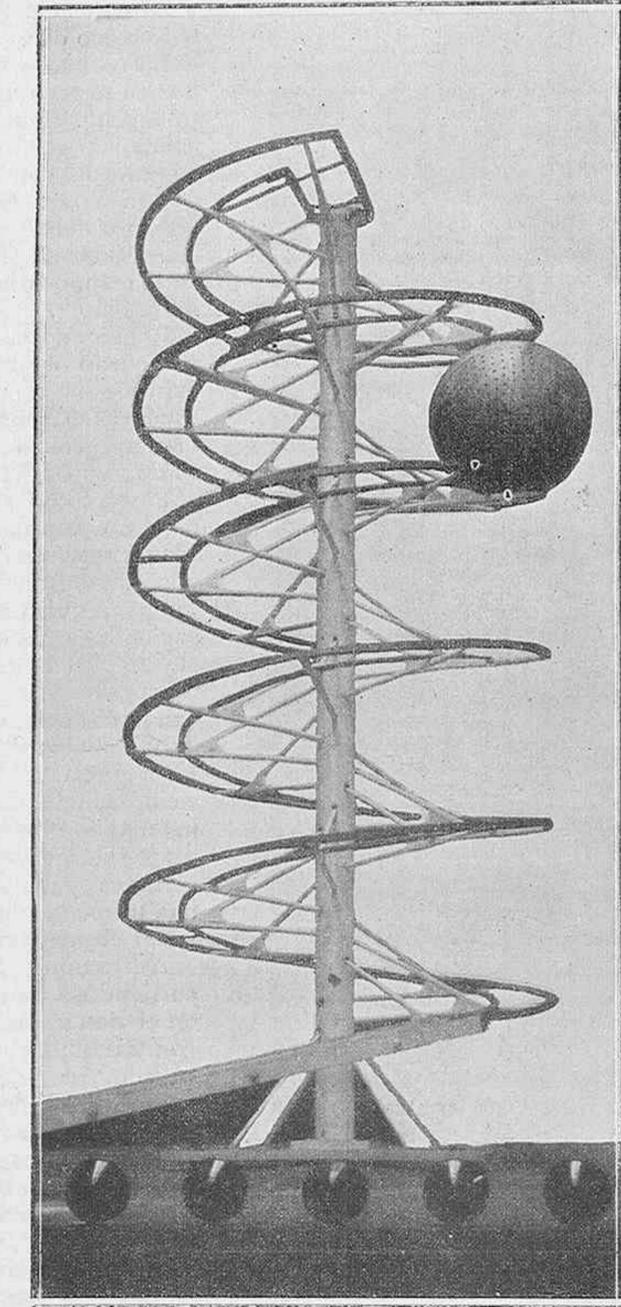
UN NUEVO EJERCICIO ACROBÁTICO

En uno de los circos de Londres está llamando actualmente la atención el ejercicio acrobático que ejecuta Miss Belle Stone, ejercicio sumamente original y que produce una ilusión completa.

Hasta ahora habían sido varios los acróbatas que ascendían por una espiral subidos á una gran bola que movían con sus pies ó montados en bicicleta; pero Miss Belle Stone verifica la misma ascensión encerrada dentro de una esfera de acero, según puede verse en los adjuntos grabados. Colocada la artista al pie de la espiral, pónese de pie en uno de los hemisferios en que la bola se divide, colócase el otro encima de la cabeza, y después de haber juntado estas dos mitades, quedándose ella metida en aquel estrecho espacio, empieza el globo á ascender por la estrecha vía lentamente, pero con toda seguridad. El descenso se verifica de la misma manera, aunque con mayor rapidez, y resulta, como se comprenderá, mucho más difícil.

El procedimiento que sigue Miss Belle Stone consiste en empujar con toda su fuerza el globo moviéndolo alrededor de su eje, en la subida, y en retenerlo á fin de que no se precipite por el espacio, en la bajada.

Miss Stone dice que se le ocurrió la idea de su ejercicio viendo á una ardilla dar vueltas en su jaula, y al cabo de algunos años de practicarse dentro de su cilindro comprendió que, valiéndose de sus hombros y de sus codos, podría, encerrada dentro de una esfera hueca, manejar ésta con más facilidad que los antiguos acróbatas montados encima. — M.



MISS BELLE STONE encerrada en una esfera de acero subiendo por una espiral

* * *

GEÓFAGOS Y TIERRAS COMESTIBLES

Si á cualquiera de nuestros fondistas se le ocurriese servir como postre tortas de tierra, á buen seguro sus parroquianos no le agradecerían el obsequio, porque en los países europeos la geofagia, si existe, es sólo como fenómeno morboso y excepcional, generalmente como síntoma de la malacia, especie de enfermedad de languidez acompañada de depravación del gusto.

Mas no sucede lo mismo en ciertas comarcas de Asia, de Africa y de América, en donde hay tribus enteras de geófagos. Las razas amarillas son las que más apegadas se hallan á esta costumbre, por más que la encontremos también extendida en otros pueblos pertenecientes á otros grupos étnicos y habitantes en las más diversas latitudes: en la Guyana, en Siberia, en Venezuela, en Nueva Caledonia, en Camerún y en Siam.

Son varios los viajeros que han traído de sus excursiones tierras comestibles, y he aquí lo que acerca de éstas se sabe.

En Java y en Sumatra, la arcilla con que se regalan los indígenas es sometida á una preparación previa: según M. Hekmeyer, farmacéutico jefe de las Indias orientales holandesas, se la reduce á pasta mezclándola con agua, separando las materias extrañas, piedras, arena y otros cuerpos duros; después se la dispone en tiras delgadas que se asan en una cacerola de hierro sobre un fuego de carbones. Cada

una de estas galletas arrolladas parece una corteza seca cuyo tamaño no es mayor que el de un lápiz y cuyo color varía desde el gris pizarra al rojo pardo. Con esta pasta hacen los javaneses también figurillas toscamente modeladas. Las tierras comestibles en China son, según Ehrenberg, blancas, gordas y silicadas, sin restos orgánicos, unas; con ciertos animalculos fósiles, otras.

Una memoria de M. Heiberg, publicada recientemente por *Le Caducée*, da detalles precisos acerca de las substancias terrosas apreciadas por los negros del Congo. Las dos muestras analizadas, que el autor había recibido del Dr. Hans Müller, presentaban entre sí diferencias sensibles: una de ellas era una materia porosa, de un color amarillo de ocre, que fácilmente se reducía á polvo fino y

compacto gris secado encima de ladrillos calientes, y las «tejas,» *ngoi*, sometidas á una cochura bastante intensa para que tomen un hermoso color encarnado. Estos pasteles se venden por término medio á 18 sapeques los 600 gramos. Los annamitas consideran como una golosina esas tierras comestibles, que poseen las propiedades físicas de la arcilla, se pegan á la lengua y carecen de sabor.

En resumen, en estas indigestas tortas no hay ningún principio nutritivo en cantidad apreciable, y las costumbres geofágicas no tienen, por consiguiente, justificación y se apartan ciertamente mucho de las reglas gastronómicas. — J.

* * *

CONSERVAS AMERICANAS

En ninguna parte ha alcanzado la industria de conservas alimenticias la importancia que tiene en los Estados Unidos, lo cual se explica, primero, porque las condiciones de vida social son allí de tal naturaleza, que las amas de casa americanas tienen en gran aprecio la cocina hecha que puede servirse y

consumirse sin preparación, y segundo, porque los artículos de consumo se producen en grande escala y en forma de conservas pueden ser expedidos á multitud de mercados.

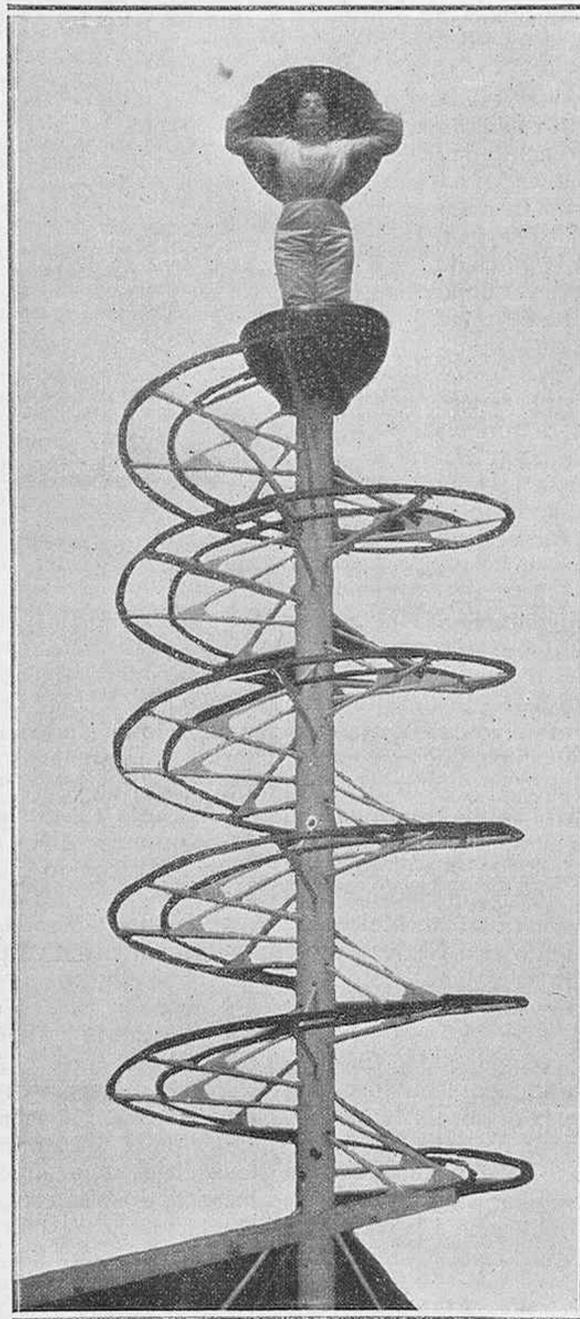
Entre estas conservas las hay que también se fabrican en Europa y que son muy conocidas en nuestras mesas, desde las langostas y legumbres, hasta las sardinas y las frutas. No son tan comunes entre nosotros las conservas de pollos y de ostras, pero aún lo son menos otras casi exclusivas de la América del Norte.

La producción del maíz tiene en los Estados Unidos una importancia enorme, y no sólo la del maíz que se cultiva en Europa, sino del maíz dulce, muy azucarado, que se come como postre. De este maíz dulce se hacen conservas y hay muchas fábricas que se entregan á esta industria poco común en nuestros países. La cochura del grano y su colocación en cajas se efectúan por medio de máquinas y con rapidez fantástica.

Aquellos de nuestros lectores que hayan viajado por ciertas regiones de Alemania y de la Suiza alemana, han podido gustar esas compotas de murtillas que se sirven en los

hoteles y cuyo jugo morado colora á menudo los labios de una manera intensa. Pues bien: en los Estados Unidos, ó mejor dicho, en los alrededores de Washington, se fabrican conservas de murtillas, y las llanuras de aquella región se destinan á la producción de millares y millares de hectolitros de estas bayas moradas, y hasta se han inventado instrumentos especiales, especie de horcas de dientes múltiples, que permiten efectuar rápidamente su recolección: ésta dura de tres á seis semanas, á fines de agosto ó principios de septiembre, y las bayas se pagan de 15 á 20 céntimos el litro y además cinco céntimos para el propietario del terreno en que nacen las plantas.

Finalmente citaremos también entre estas conservas, las que se hacen de ese marisco, hoy escasísimo en las costas oceánicas, el *pecten*, que los ingleses denominan *clam*, que se encuentra en masa en los Estados Unidos, principalmente á lo largo de la costa del Maine. — B.



Término de la ascensión

contenía ácido silícico, óxido de aluminio, sosa, indicios de hierro y una pequeña cantidad de materia orgánica azoada; la otra, de un color gris negro, parecía arcilla ordinaria y su composición era análoga á la anterior, salvo que en ella se encontraron algunos esponjitos, y en cambio, no había sodio. Calentadas las dos muestras, desprendían agua y vapores alcalinos; pero así como la amarilla contenía cuarzo libre en forma de granos finos de arena, la gris carecía de él. El examen bacteriológico dió un resultado negativo.

En definitiva, en estos extraños alimentos sólo hay asimilables por el organismo el hierro y el sodio, porque la substancia azoada desaparece con la cochura. La tierra amarilla se recoge en las plantaciones de café de Nueva Amberes (Bangala). En cuanto á la variedad gris, la más estimada por los consumidores congolanos, los cuales, sin embargo, no la pagan á más de unos cinco céntimos el kilogramo, no se sabe exactamente dónde los indígenas la recogen.

Según M. Dumontier, en las posesiones francesas del Tonkín la geofagia existe también en las provincias de Nam-Dinh, Thai-Binh, Hai-Duong y Soutay; allí los «pastelillos» de tierra se presentan bajo dos aspectos, á saber: las «orejas de gato» (*gnoe-taimo*), virutas delgadas que se obtienen de un bloque

GRAN HOTEL DE PALMA DE MALLORCA
(Véase el grabado de la página siguiente)

Por su hermoso cielo, por sus pintorescos paisajes, por sus incomparables costas, por sus famosas cuevas, merece Mallorca el gran renombre de que goza. La naturaleza ha derramado con pródiga mano sus dones sobre la Isla Dorada, colmándola de bellezas y adornándola con todos los encantos imaginables, para que en su contemplación se recrearan propios y extraños. El hombre, sin embargo, no había hasta ahora correspondido á tanta munificencia; los que visitaban aquella isla no hallaban en ella todas las comodidades que el turista moderno exige

y que está acostumbrado á encontrar en todos los países que tienen algo que ofrecer á la admiración ó simplemente á la curiosidad de los viajeros; y una de las cosas más indispensables que allí faltaban era un hotel montado á la moderna. A llenar esta necesidad, y á llenarla por completo, ha venido el Gran Hotel, magnífico edificio construido expresamente para su objeto, según el proyecto del eminente arquitecto barcelonés D. Luis Doménech y Montaner y bajo la dirección de otro arquitecto no menos notable, el Sr. Alsina. No nos detendremos en describirlo: de su grandiosidad, de su gusto, de su bellísimo estilo, podrán formarse idea nuestros lectores por la fotografía que en la siguiente página reprodu-

cimos; de su instalación interior diremos únicamente que en ella se han aplicado todos los adelantos más modernos, que el arte, el lujo y el confort imperan en su disposición general y en sus menores detalles, que su servicio está montado con todos los elementos necesarios para satisfacer á los más exigentes, y en una palabra, que el Gran Hotel puede bajo todos conceptos competir con los mejores del extranjero.

Mallorca está, pues, de enhorabuena por la inauguración de este edificio, cuyo propietario Sr. Palmer merece entusiastas elogios por la obra realizada, como los merecen también cuantos artistas han colaborado en ella.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

VINO NOURRY

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES
JORET y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

En la G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165.
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR
(Jugo de carne desecado)

PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALESCENCIA, etc.

Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.

PARIS, 8, rue Vienne y en todas las Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



PALMA DE MALLORCA. - GRAN HOTEL RECIENTEMENTE INAUGURADO, proyectado por D. Luis Doménech y Montaner (de fotografía)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 en Paris
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 CÁNDES et Co
 81 St-Denis 16

HARINA LACTEADA
 Alimento completo
NESTLE
 Para NIÑOS y ANCIANOS.
 Contiene la Leche pura de Suiza.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigr en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apoca-
 miento*, las *Enfermedades del*
pecho y de los *Intestinos*, los
Espustos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida
 curación de las *Afecciones del*
pecho, *Catarros*, *Mal de gar-
 ganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*,
Dolores, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigr la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN